

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 460.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Visita de Guillermo III, rey de los Países Bajos, al emperador de los franceses; grabado. — Creo en Dios. — Punto de reunion de los cazadores en los estanques de San Pedro; grabado. — Visita al castillo de Pierrefonds; grabado. — Llegada del rey de los Países Bajos a Compiègne; grabado. — El rey de los Países Bajos atravesando la galería de los cien guardias; grabado. — Revista de Paris. — Proceso novela. — 80° aniversario del nacimiento de Guillermo I, rey de Wurtemberg; grabados. — Inauguracion de las obras de la comision europea en Soullina; grabados. — La botganza. — Estatuas del duque de la Rochefoucauld y del señor de Joinville; grabados. — Un casamiento en la China; grabado. — El Dia de Difuntos; grabado. — El Noble en la miseria. — Revista de la moda. — Noviembre; grabado.

## Visita

DE S. M. GUILLERMO III, REY DE LOS PAISES BAJOS, A S. M. EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES.

Llegada del rey de los Países Bajos a Compiègne. — Su recibimiento. — Banquete, con asistencia de la corte, en la galería de Diana. — Lista de convidados. — Visita a las ruinas de Pierrefonds. — Funcion dramática en el teatro de Compiègne. — Gran cacería en el bosque. — El príncipe imperial en la caza. — El rey Guillermo de incógnito en Paris. — Despedida de S. M. neerlandesa y regreso a sus Estados.

Al rey de Prusia ha sucedido,



GUILLERMO III, REY DE LOS PAISES BAJOS.

en el palacio Compiègne, e. rey de los Países Bajos. S. M. neerlandesa llegó el sábado 12 de octubre a la estacion del ferrocarril, donde Napoleon III le esperaba.

El emperador se adelantó entonces para recibir en el estribo del wagon a S. M. Guillermo III, que llevaba el gran cordon de la Legion de Honor. Los dos soberanos se estrecharon cordialmente la mano, y entraron en el salon de descanso donde debian tener efecto las presentaciones.

El emperador y el rey se presentaron respectivamente las personas de su séquito, y despues subieron a una carretela descubierta tirada por cuatro caballos a la Daumont.

«Creo que habré sido puntual, dijo entonces sonriendo el rey de los Países Bajos. Habia anunciado mi llegada para las cinco y media, y aun me he anticipado.» El reloj de la estacion, que el rey estaba mirando al decir esto, señalaba las cinco y veinte y cinco minutos.

En las inmediaciones de la estacion y en todo el camino que debian recorrer hasta palacio, habia una concurrencia extraordinaria. El peloton de guias que abria la marcha, con dificultad se hacia paso: el pueblo saludaba a SS. MM. con entusiastas vitores. Seis coches, tirados tambien cada uno por cuatro caballos, seguian al de

emperador y del rey, y formaban un magnífico cortejo que cerraba una sección de guías.

En el patio del castillo formaban carrera los zuavos; los tambores, batiendo marcha, anunciaron la llegada de SS. MM.

La emperatriz, teniendo al lado á la princesa Ana Murat, y rodeada de sus camaristas y de los grandes oficiales de la corona, vestidos de uniforme, esperaba al rey de los Países Bajos al pié de la grande escalera de honor. A derecha é izquierda de la escalera estaban formados los cien guardias.

La emperatriz llevaba un vestido de seda, color de malva, cubierto con ricos encajes blancos, y en la cabeza un adorno de ligera gasa, de un magnífico efecto.

Al acercarse á la emperatriz el rey de los Países Bajos se inclinó y le estrechó la mano. La emperatriz, despues de dirigirle algunas frases complacientes, presentó al rey la princesa Ana Murat, y en seguida subieron todos la escalera, dando el rey el brazo á la emperatriz y el emperador á la princesa Ana Murat.

Despues de atravesar la sala azul y las piezas principales, el emperador acompañó al rey de los Países Bajos á las habitaciones que se le habian destinado.

A las siete se dió un magnífico banquete, con asistencia de toda la corte, en la gran galería de Diana. El rey de los Países Bajos ocupaba el sitio de honor, teniendo al emperador á la derecha y la emperatriz á la izquierda.

Entre los convidados de la corte durante la permanencia de S. M. neerlandesa figuran los nombres de M. de Forcade, ministro de Hacienda, y su señora, M. Magne y su señora, M. Roulant, el conde de Chasseloup Laubat, ministro de Marina, M. Baroche, el conde de Nieuwerkerke, M. Thierry, madama Conneau y M. Leon Gozlan.

Para el dia siguiente se habia dispuesto una visita á las interesantes ruinas de Pierrefonds, que fué favorecida por un tiempo magnífico.

Con efecto, despues de un gran almuerzo servido en la galería de Diana, como durante la permanencia del rey de Prusia, la corte oyó misa en la capilla del palacio, en la cual ofició monseñor Tirmache, obispo de Adras y capellan ordinario de SS. MM. durante su permanencia en Compiègne. Monseñor Tirmache, antiguo cura de Ham, vive hace muchos años en la pequeña ciudad de Crepy en Valois, á veinte kilómetros de Compiègne. Todos los domingos una silla de posta de la corte va á buscarle á su residencia, y le vuelve á conducir despues del servicio divino.

El emperador, la emperatriz, el rey de los Países Bajos y toda su servidumbre, salian á las tres de la tarde del parque reservado en chars-á-bancs de cuatro caballos. Se contaban seis de estos carruajes. Es extraordinario el lujo de las caballerizas imperiales en estos dias solemnes; coches elegantes, postillones con la rica librea del emperador y los cabellos empolvados, correos de gabinete y batidores con galones de oro y montados en fogosos corceles, pero dóciles, que se admirarian en un picadero, todo esto, pasando como relámpago por el bosque, parece una aparición de los cuentos de hadas.

El que presencié el paseo del rey de Prusia sabe el camino que siguieron esta vez SS. MM. Las ruinas de Pierrefonds eran tambien el objeto de su excursion; la música de los guías habia vuelto á colocarse en los fosos, y se habia preparado tambien una merienda en el mismo sitio. Este paisaje tan pintoresco que habia admirado el rey de Prusia, era digno en efecto de ser enseñado al soberano neerlandés, cuya afición á las artes es conocida hace mucho tiempo en Francia. La diferencia de maneras cambiaban tan solo los detalles del cuadro, y el rey de los Países Bajos, con la rica fisonomía del Norte, un vaso en la mano é inclinándose hácia la emperatriz para brindar por la salud de S. M., parecia una reproduccion animada de los mas hermosos cuadros de Rembrandt, el maestro y modelo de la escuela holandesa.

La comitiva volvió por la gran alameda que divide en dos partes el bosque de Compiègne, y á las seis menos algunos minutos toda la corte estaba en palacio. La emperatriz llevaba un vestido de seda con listas, mantelita de terciopelo verde, y un sombrero redondo de magnífica paja de Italia, adornado con grandes plumas blancas. El emperador y el rey de los Países Bajos vestian de paisano.

La comida de la corte principió á las siete en punto. La princesa Matilde, que habia llegado por la mañana al palacio, se sentó al lado del emperador.

A las ocho y media SS. MM. entraban en el teatro del palacio, que hacia media hora estaba ocupado por todos los convidados de Compiègne y de las cercanías. El rey de los Países Bajos, vestido de frac negro, daba el brazo á la emperatriz, cuyo traje era como siempre un prodigio de riqueza y buen gusto. El emperador, que tambien vestia frac negro, daba el brazo á la princesa Matilde.

El rey de los Países Bajos se sentó en el centro del palco imperial, el emperador á su derecha, la emperatriz á su izquierda, la princesa Matilde á la derecha del emperador, y el príncipe y la princesa Joaquín Murat á la izquierda de la emperatriz. Detrás de SS. MM. estaban los ministros, los grandes dignatarios de la corona y los ayudantes de campo del rey Guillermo III.

El repertorio y los artistas del Teatro Francés hacian tambien el gasto de la velada bajo la direccion de su administrador M. Eduardo Thierry.

El programa se componia de *los Caprichos de Mariana*, comedia en dos actos, de Alfredo de Musset, interpretada por MM. Provost, Got, Delaunay y Bressant, y madamas Favart y Natalia; y de *la Lluvia y el buen tiempo*, graciosa pieza en un acto de M. Leon Gozlan, inédita

aun, pero que fué representada el invierno pasado en el palacio de las Tullerías, y el emperador ha demostrado hoy que conservaba de ella un buen recuerdo. Los intérpretes eran M. Bressant y madama Arnould-Plessy. M. Gozlan, invitado por la corte, ha recibido despues de la representacion el parabien de SS. MM. Los artistas, presentados por M. Eduardo Thierry, fueron felicitados tambien por el emperador y la emperatriz.

El 14 tuvo lugar una gran cacería, favorecida igualmente por el tiempo mas hermoso que puede desearse en otoño.

Todas las avenidas del bosque estaban desde por la mañana surcadas de coches, omnibus y numerosas comitivas de personas que se dirigian á pié hácia la encrucijada llamada el Pozo del Rey, que habia sido designado como punto de reunion á todos los cazadores invitados.

A las once en punto se sentaban á la mesa para almorzar SS. MM. y toda la corte, y á las doce y tres cuartos subian en chars-á-bancs para llegar al punto de la cita de caza donde los esperaban los caballos y las traillas.

La encrucijada del Pozo del Rey está á unos cinco kilómetros al sudeste de Compiègne, casi en el centro del bosque, que es tan sombrío y tan agradable, y cuyo follaje conserva aun en esta época del año todo su fresco verdor, siendo así que están ya sin hojas los árboles de las Tullerías.

El príncipe imperial precedia de algunos minutos el largo cortejo de la corte, y su llegada al punto de cita fué una verdadera ovacion. El príncipe en traje de caza con el tricornio á la Luis XV, guarnecido de plumas blancas, como tienen el privilegio de llevar el emperador y la emperatriz, montaba un caballito sardo color isabela, y tenia un aspecto tan natural y tranquilo que se le hubiera tomado por el mas diestro jinete. El poney era sin embargo vivo y fogoso, y M. Bachon, escudero del príncipe imperial, estaba tan cerca de él como era posible para atender á cualquier evento, y hasta llegó á encargarle que tuviera cuidado de su caballo, pues podria alborotarse al oír los ladridos de los perros y el sonido de las trompas de caza, á los que no estaba acostumbrado. El príncipe le contestó con una de esas ocurrencias graciosas que la edad madura puede envidiar á la infancia: «¿No me has dicho siempre, Bachon, que no debia espantarme de nada?»

El precepto grabado en la memoria habia dado ya sus frutos, y el príncipe permaneció impassible en medio del movimiento tumultuoso que habia en torno suyo, siéndole preciso varias veces rechazar á la multitud que habia roto la barrera para ir á manifestarle mas de cerca sus simpatías.

No tardaron en llegar SS. MM.

La emperatriz con traje de caza, corpiño verde con galones de oro y falda larga de amazona, fué la primera en bajar del carruaje y corrió á abrazar á su hijo, que sin bajar del caballo saludaba á todos graciosamente. Gritos frenéticos resonaron en todas partes, dando expansion á esta deliciosa escena de familia. El emperador, tambien con traje de caza, fué igualmente á abrazar al joven cazador, á acariciar su caballo y á examinar detenidamente si estaba bien enjaezado.

La princesa Matilde y la princesa Joaquina Murat se reunieron muy pronto con SS. MM., y toda la familia imperial estaba regocijada con aquella primera aparicion del príncipe en las fiestas de la corte.

El emperador habló despues algunos momentos con lord Cowley, embajador de Inglaterra, y con el príncipe de Reuss, encargado de negocios de la legacion de Prusia, y montando á caballo dió la señal de caza, de cuya direccion se habia encargado el coronel de Toulougeon en ausencia del montero mayor el príncipe Edgardo de la Moskowa, que se habia quedado por una indisposicion en el palacio.

El rey de los Países Bajos, vestido de paisano, se habia quedado en el carruaje imperial con la princesa Matilde, y siguió desde alguna distancia á los jinetes, así como las señoras y los convidados de la corte que no llevaban traje de caza.

La emperatriz que acababa de montar un magnífico caballo alazan claro, dejó que se alejase la caza, y tomó con el príncipe imperial otra avenida en direccion al rio Oise, donde todos los cálculos de montería situaban ya la muerte del animal que iban á perseguir.

Un magnífico ciervo fué atacado en el gran pantano, cerca de la encrucijada de la Muda; cuarenta perros conducian la pieza á la desembocadura, y como el calor del sol les hacia seguir mas fácilmente la pista, no fué posible al noble animal disputar mucho tiempo la vida.

Terminada la caza, toda la corte desmontó y se sirvieron algunos refrescos al pié de una corpulenta encina en la margen del camino.

Algunos instantes despues una carretela descubierta conducia á la emperatriz y al príncipe imperial que habian perdido la huella de la caza en las encrucijadas del bosque. Y como el príncipe manifestase el pesar de no haber asistido al desenlace de la caza, el emperador preguntó en voz alta si se habian llevado ya el ciervo, y le condujo entonces de la mano hasta el sitio donde yacia el animal. Cada palabra, cada movimiento del príncipe delante del ciervo causó sensacion á los campesinos cuya multitud se aumentaba en torno de sus Majestades.

A las cuatro y media toda la corte imperial entraba en palacio, y á las siete una comida de sesenta cubiertos reunia á los cazadores en torno de SS. MM.

El martes por la tarde el rey y el emperador vinieron á Paris; el miércoles hubo una cacería en Versailles, y

despues el emperador regresó á Compiègne y el rey Guillermo volvió á Paris, donde pasó dos dias de incógnito visitando todas las curiosidades de la capital. Por fin, á la conclusion de la semana S. M. pasó á Compiègne á despedirse del emperador y de la emperatriz, y de allí volvió á tomar el camino de sus Estados.

El rey Guillermo de los Países Bajos, cuyo retrato publicamos al frente de este número, nació en 19 de febrero de 1817. Primogénito del rey Guillermo y de Ana Paulowna, hermana del emperador Nicolás, sucedió á su padre en 17 de marzo de 1849.

Guillermo III casó en 1839 con la princesa Sofia Federica Matilde, hija de Guillermo I, rey de Wurtemberg.

La reina de los Países Bajos ha estado ya en Francia en compañía de su hijo el príncipe de Orange, príncipe hereditario.

## Creo en Dios.

CUENTO DE COLOR DE ROSA

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Todavía con los ojos húmedos y el corazón agitado por las emociones que habia experimentado al penetrar en el hogar paterno tras una ausencia de mas de veinte años, dejé la aldea nativa una tarde del mes de setiembre de 1859 y me dirigí á un valle cercano, lleno para mí de dulces memorias como todos los de las nobilísimas Encartaciones.

En el valle á donde me dirigia hay una ermita consagrada á la Virgen de la Consolacion, y aquella ermita encerraba para mí recuerdos muy santos, porque mi madre encontraba allí consuelo en sus grandes aflicciones, y mas de una vez me llevó asido de la mano al pié del altar de la Virgen que yo, viéndola con un niño en brazos y no comprendiendo aun los misterios de la religion, amaba mas por lo que tenia de madre que por lo que tenia de santa.

Quería yo rejuvenecer aquellos santos recuerdos, y dar gracias en aquel humilde templo á la Madre de Dios á cuya intercesion creia deber el haber vuelto á sentarme en el hogar de mis padres, el haber rezado y llorado sobre la sepultura de mi madre, y el haber vuelto á postrarme en el templo donde recibí el bautismo.

No trataré de pintar aquí lo que sintió mi corazón cuando penetré en la ermita, y cuando doblé la rodilla sobre aquella misma grada donde mi madre la dobló tantas veces llorando de fe y de consuelo, porque todas estas impresiones, todas estas dulces y santas agitaciones de mi alma están escritas con lágrimas en un libro que tal vez nunca se publicará.

La ermita estaba mas blanca, mas limpia, mas engalanada, mas jóven que yo la habia dejado.

Así que recé y pasé una hora ante el altar confundiendo en mi pensamiento la idea de Dios con los recuerdos de mi infancia, salí al pórtico de la ermita donde, sentado en un poyo de piedra, se hallaba un anciano que me habia facilitado la entrada en el templo.

Eran muy oscuros los recuerdos que yo conservaba de la generalidad de las cosas y las personas del valle, y tenia verdadera ansia de esclarecerlos, porque nunca sabré pintar, Dios mio, el dolor que me causaba, al volver á los valles natales, el verme entre gentes desconocidas, que desconocidas eran ya para mí las que poblaban aquellos sitios cuyo aspecto, lijo siempre en mi memoria durante tantos años, en nada habia variado á mis ojos.

Una tarde, al llegar á mi aldea, cuando me ví rodeado de gentes casi todas desconocidas, mis ojos se arrasaron de lágrimas.

— ¿Qué tienes, hijo mio? me preguntó mi padre conociendo que mis lágrimas eran las del dolor mas bien que las del enternecimiento.

— ¿Dónde están, Dios mio, exclamé, todos aquellos que yo dejé aquí!

Y mi padre, indicándome con la vista el camposanto que estaba á cien pasos de nosotros, bajo los fresnos que rodean la iglesia, me dijo derramando una lágrima sobre mi cabeza que oprimió contra su pecho:

— ¡Allí están, hijo mio!

Las lágrimas afluyeron entonces con mas abundancia á mis ojos, y el pobre anciano, procurando velar su dolor con una sonrisa, se apresuró á añadir:

— ¿Qué, hijo, eres tú tambien de los que en papel son una cosa y en carne y hueso otra? Los *Cuentos de color de rosa* que te han precedido nos han dicho que aceptabas la vida tal como la ha hecho Dios, y no es justo que vengas á dejarlos por embusteros.

— Padre, tiene Vd. razon, contesté; pero desde que á esos cuentos confié lo que sentia mi corazón, muchos dolores y muchos desengaños han traído el desaliento á mi pecho y la tristeza á mi alma.

— ¡Hijo, bienaventurados los que creen, y bienaventurados los que lloran!

Desde el fondo de mi corazón dí gracias á Dios porque me habia colocado en el número de los que lloran y creen, y la resignacion no volvió á desamparar mi alma.

Deseando esclarecer mis oscuros recuerdos de los valles que recorrí en mi infancia, me senté al lado del anciano, á quien empecé á interrogar.

— ¿Quién vive ahora en esa casa? le pregunté indi-

cando una grande y hermosa, aunque antigua, que está frente de la ermita.

— Vive Diego de Salcedo.

— ¡Salcedo! En mi niñez los de ese apellido vivían en esta otra casa.

La otra casa á que yo aludía existía aun al lado de la grande, de la que solo la separaba un cercado.

— Tiene Vd. razon, me contestó el anciano, y á fe que la mudanza de Diego á la casa grande es una historia que contada con pelos y señales vale tanto como las que sacan Vds. los que componen libros.

— ¿Y la sabe Vd.?

— Como el Padre nuestro.

— ¿Cuánto le estimaría á Vd. que me la contase!

— Pues se la contaré á Vd. como Dios me dé á entender; pero antes permítame Vd. entrar á echar aceite á la lámpara de la Virgen, porque se está apagando, y si la señora mayordoma la viera apagada, creería que se iba á apagar también la lámpara de la dicha que alumbraba su casa.

— ¿Con que tanto se interesa la mayordoma por la ermita?

— Todo lo que se diga es poco, y á fe que motivos tiene para ello.

— ¿Qué, tenemos otra historia?

— No, señor: la historia de Diego y la de la mayordoma es una misma, como ahora verá Vd.

El anciano entró á arreglar la lámpara, cerró la ermita y volvió á sentarse á mi lado.

Dí un hermoso cigarro habano al que me iba á dar una historia (generosidad que no tienen todos los editores de Madrid), encendí yo otro, y chupa que chupa narrador y oyente, narró el primero y oyó el segundo lo que á continuación hallará el que leyere.

## II.

Juan de Salcedo y su mujer Agustina eran muy amigos míos.

Yo vivía en aquella casería que ve Vd. allá arriba, en los rebollares, y cuando bajaba á misa los días de fiesta, Juan y su mujer me embargaban hasta la caída de la tarde, porque el mayor gusto que podía darles era quedarme á comer con ellos y su hijo Diego.

Cuando se murió el pobre Juan, su mujer y su hijo Diego tenían aun mas afán que antes por tenerme á su lado, porque ya sabe Vd. que cuando uno está mas triste, tiene mas deseo de verse rodeado de verdaderos amigos.

Diego, cuando murió su padre, era un bigardo que nunca habia pensado mas que en diabluras, aunque tenía ya diez y seis años; pero viendo que su madre, á quien quería mucho, no tenía ya mas amparo ni ayuda que él, arrió el hombro al trabajo y se hizo tan hombre de bien, que ni las cosechas disminuyeron, ni en la familia hubo un quitame allá esas pajas.

La pobre Agustina estaba chocha con su hijo, y siempre que me veía me decía llorando de gozo:

— ¡Ay, Antonio, qué hijo tan bueno me ha dado Dios! Si mi difunto que esté en gloria levantara la cabeza y viera cómo se porta mi Diego, lloraría de alegría como yo. No en vano pedí á la Virgen Santísima de la Consolacion, cuando Dios se llevó á Juan, que hiciera á mi hijo tan hombre de bien y tan trabajador como su padre.

— ¿Ve Vd. aquella hermosa solana (1) que tiene la casa de los Salcedos sobre la huerta? Ahora ya se la va cayendo la hoja á las parras que esquilan (2) á ella; pero en el verano, cuando las parras están en la fuerza de su verdor, ni un rayo de sol penetra en la solana.

Allí, á aquella deliciosa sombra donde el viento de la mar que empieza á levantarse antes de medio día, sopla mansamente impregnándose del aroma de las flores y las frutas de la huerta, ponía Agustina la mesa en los días calorosos de verano cuando me tenía de convidado.

Después que comíamos y reíamos y charlábamos, Agustina se dedicaba á los quehaceres de su casa para terminarlos antes de bajar á las tres al rosario, que todas las tardes de los días festivos se reza en la ermita, y Diego y yo bajábamos á la huerta por la escalerilla de la solana á pasear hasta la hora del rosario, cogiendo aquí una flor, allá un ramo de guindas, mas allá una ciruela, en el otro lado un melocoton.

A mi me gustaba mucho pasear por la huerta, pero á Diego le gustaba aun mucho mas, y mas de una vez noté que Agustina se sonreía maliciosamente al ver á su hijo impaciente por bajar.

En la casa grande vivía un caballero llamado don Rafael Ortiz con su hija Ascension, que tenía por entonces de quince á diez y seis años.

Don Rafael salió niño de las Encartaciones, y después de haber pasado mas de veinte años en Francia, ó no sé dónde, volviendo aquí bastante rico, diciendo que estaba decidido á pasar el resto de su vida en la casa grande, que era la de sus padres, y en donde él habia nacido.

Sus padres habian muerto hacia tiempo.

Algunos meses después de su venida don Rafael se casó con una muchacha, aunque pobre, guapa y honrada; pero su mujer se murió de sobrepardo, y don Rafael se volvió á encontrar sin mas familia que una niña recién nacida.

Ascension, que así se llamaba la niña, se crió muy

hermosa, gracias á que Agustina, que acababa de destetar á su hijo Diego, la sirvió de aña (1), criándola con tanto cariño y tanto cuidado como habia criado á su hijo.

Don Rafael no era mal sugeto; pero en lo tocante á religion tenía unas ideas muy pícaras, Dios se lo haya perdonado. Yo creo que si trataba con dureza á los pobres, si no le gustaban los niños, si no se resignaba con los trabajos que le daba Dios, si no se regocijaba al ver á los bosques cubrirse de hojas y á los campos cubrirse de flores; si en fin, no sentía en el corazon esto que yo no sé explicar, que todos los que somos como Dios manda sentimientos, y que consiste en arrasárenos los ojos en lágrimas de alegría ó de dolor ante la dicha ó la desdicha ajena, era sin duda porque no creía en Dios.

— ¡Oh qué desventurado era ese hombre! exclamé al llegar aquí el anciano.

— Sí, muy desventurado era, continuó este.

Aquí le llamaban por mal nombre el Judío; pero los judíos son mas dichosos que él era, porque al fin, aunque crean un error, creen algo, y el pobre don Rafael nada creía.

— ¿Pero era completamente ateo? ¿no creía en Dios? ¿era materialista?

— Déjeme Vd. contarle la conversacion que un día tuve con él, y por sus palabras colegirá Vd. lo que era.

Celebrábase la fiesta de la Virgen de la Consolacion, y todo este campo estaba ya lleno de gente que venía á la romería.

La ermita parecia una ascua de oro con las luces que la alumbraban, y un jardin con las flores que adornaban su pavimento y su altar.

Yo, como de costumbre, me quedé á comer en casa de Agustina, y como de costumbre, bajamos después de comer Diego y yo á dar un paseo por la huerta.

El terreno que media entre la casa grande y la de los Salcedos estaba dividido por una estacada, de modo que la pieza que daba al lado de la casa grande era la huerta de don Rafael, y la que daba al lado de la casa de los Salcedos era la huerta de Agustina.

Don Rafael y Ascensita, que así llamaban á su hija, bajaban como nosotros á dar un paseo por la huerta después de comer, y no habia tardé que Diego no regalase alguna fruta y alguna flor á su hermana de leche, y la niña no le correspondiese con fineza parecida.

Por eso sin duda se sonreía maliciosamente Agustina cuando Diego se mostraba impaciente por bajar á la huerta.

Don Rafael traía riquísimo tabaco cuando iba á Bilbao á cobrar la mesada en la casa de comercio donde tenía colocado su capital, y como sabia que yo soy fumador de ley, así que me veía en la huerta me decía:

— Antonio, ¿no quieres una pipada? mira que en la abacería no hay de este tabaco.

— ¿No he de querer, señor don Rafael? contestaba yo. El español que fuma y rehúsa un cigarro ó una pipada no es español legítimo.

Y mientras nosotros tratábamos de si el tabaco era así ó asao, Diego y Ascensita seguían por la estacada adelante hablando de la fruta y de las flores y riendo como locos.

El día de la Consolacion don Rafael no quiso limitar su obsequio á una pipada de tabaco.

— Vais á subir á casa, nos dijo, á tomar una copita de un vino generoso, que sin duda fué aquel con que Jesus resucitó á Lázaro.

A la verdad no me gustó la comparacion y menos en boca de don Rafael; pero Diego y yo contestamos alegremente:

— Pues vamos allá, que no vendrá mal para quitar el agricillo del chacolí que hemos bebido en casa.

Todos subimos á la casa grande por una escalerilla que, como la de los Salcedos, tenía por el lado de la huerta.

Ascensita, muy contenta al vernos en su casa, se encargó de escanciarnos á cada uno su copa de vino generoso, que en efecto era lo que habia que beber, y en seguida nos fuimos los cuatro al balcón para ver desde allí la romería.

Como el balcón de la casa grande está frente por frente de aquí, veíamos desde allí el altar lo mismo que si estuviéramos dentro de la ermita.

Mujeres y hombres rezaban al pié del altar de la Virgen, y salían luego con la alegría y el consuelo en el corazon y las lágrimas en los ojos.

Diego y yo contemplábamos con emocion la fe de aquellas gentes, y don Rafael, aunque guardaba silencio, se mofaba de ellas y quizá también de nosotros con una sonrisa que yo comprendí al momento, porque sabia muy bien de qué pié cojeaba don Rafael.

Una mujer llegó hecha un mar de lágrimas al pórtico de la ermita, y no pudiendo entrar dentro cayó de rodillas á la puerta, y exclamó tendiendo los brazos hácia la Virgen:

— ¡Madre de misericordia, salva al hijo de mis entrañas!

Era tan inmenso el dolor de aquella madre, que á Diego y á mí se nos saltaron las lágrimas al oirla.

Ascensita se echó á reír reparando en la emocion de Diego.

— Anda, judía, le dijo este en tono de cariñosa reconvenccion, ¿no te conmueves al ver eso?

— No, porque á mí no me conmueve el fanatismo, contestó Ascensita.

La palabra fanatismo en boca de una niña que acaso no comprendía bien su significado me dió lástima, y á

pesar de que nunca me parece mas vituperable la ira que cuando la excita la falta de piedad del prójimo, la contestacion de la niña me enojó y me hizo reconvenir á Ascensita.

— Mi hija, me replicó don Rafael muy serio, hace bien en no creer en todas esas tonterías en que vosotros creéis.

— Señor don Rafael, ¿llama Vd. tonterías al creer en Dios?

— ¿Qué Dios ni qué calabazas! No hay mas Dios ni mas santa María que no hacer daño á nadie y hacer todo el bien que se pueda. Esto no será religion, pero es justicia, y basta y sobra.

— Tiene razon mi padre, asintió la niña.

— Que Vd. no crea en Dios me admira, pero que no crea Ascensita, me asombra y me llena de pena, exclamé.

— Pues qué, ¿pensábais vosotros que yo iba á educar á mi hija como aquí las educan todos, llena de supersticiones y majaderías? Lo que siento es que no sepa el francés para que se aprenda de memoria todos esos libros que tengo ahí, y sobre todo los de Voltaire, que es mi autor favorito.

— Pero don Rafael, ¿Vd. cree que proporciona alguna felicidad en este mundo á su hija, quitándole toda esperanza de recompensa en el otro?

— ¿No tienes tú mal otro!...

— ¡Jesus! exclamó Diego dirigiéndose á la niña, ¡tu padre cree que se acaba todo cuando morimos!

— Y yo también lo creo, contestó Ascensita.

En esto sonó la campana de la ermita anunciando que iba á empezar la Salve, y Diego y yo terminamos el altercado despidiéndonos para bajar á cantarla, pues aquella tarde la Salve iba á ser cantada con acompañamiento de tamboril y silbo.

— Pues yo, nos dijo don Rafael, voy á leer un rato á Voltaire, que es mi evangelio.

Nosotros no sabíamos quién era el tal Voltaire, pero ya suponíamos las verdades que aquel evangelio enseñaría.

Cuando nos dirigíamos á la ermita, la mujer á quien habíamos oído pedir por la salvacion de su hijo se alejaba consolada con la esperanza que le infundía la Virgen, y se paró bajo el balcón de la casa grande á saludar á Ascensita.

— ¿Qué, tiene Vd. malo á su hijo? le preguntó la niña.

— Ay, sí, tan malo, que me ha dicho el cirujano que solo de Dios debo esperar su salvacion.

— Pues entonces se queda Vd. sin hijo como yo me quedé sin madre.

Esta impía y desconsoladora advertencia no bastó á hacer vacilar la fe de la pobre madre, que se encaminó á su casa llena de esperanza.

## III.

— ¿Qué le parece á Vd. de las ideas religiosas que don Rafael tenía y habia imbuido á su hija?

— ¿Qué me ha de parecer! que en la culpa llevaban el castigo aquellos desventurados. Aunque Dios no reservara á los ateos castigo alguno en la otra vida, los ateos pagarían muy cara en esta su incredulidad.

— Tiene Vd. muchísima razon, que antes de dejar este mundo ya obtenemos la recompensa de la fe en los consuelos que la fe nos proporciona.

Cuando la tempestad estalla, yo no temo, Señor, que el rayo me aniquile, porque invoco el nombre de una de tus santas Vírgenes, en cuya proteccion creo.

Cuando mis deudos y amigos vuelan á tu seno, mi alma se consuela, creyendo que me ven y me oyen, y un día he de volar á su lado para no separarnos jamás.

Tú, Señor, me acompañas en todas partes, presides mis dolores y mis alegrías, y como eres sabio, justo y omnipotente, me guías y me amparas y me consuelas.

Esto podemos decir los que creemos. ¡Ay de los que no pueden decir esto!

Pero dejémonos de digresiones y sigamos nuestra historia, cuyos pormenores conozco, ya por lo que yo mismo presencié, ya por lo que me han contado las personas que figuran en ella.

Ascensita era una de las muchachas mas guapas de la aldea, y todo el mundo se condolía de su desgracia, que desgracia y grande era para ella los esfuerzos que su padre habia hecho para cerrar su corazon á la fe.

Agustina y Diego la querían tanto mas cuanto mas desgraciada la creían.

Un día de la Ascension llegué á casa de Agustina, á quien pregunté por su hijo.

— ¿Mi hijo? me contestó sonriendo, en la huerta le tiene Vd. con Ascensita.

Salí á la solana, y en efecto ví á los muchachos charlando á través de la estacada.

Oculto con el ramaje de las parras que formaba ya un verdadero cortinaje delante de la solana, pude ver y oír á Diego y Ascensita sin ser visto ni oído.

Oiga Vd. lo que ví y oí.

La niña tenía en la mano un manojo de hermosos claveles que acababa de coger, y en el centro del manojo habia colocado un clavel de onza.

— ¿Para quién son esos claveles?

— Para un noviecito que tengo yo.

— ¿Es de veras? preguntó Diego poniéndose muy serio.

— Sí que lo es.

— ¡Pues adios! dijo Diego con sequedad volviendo la espalda.

(Se continuará.)

(1) Nodriz.

(1) Especie de mirador ó balcón grande.

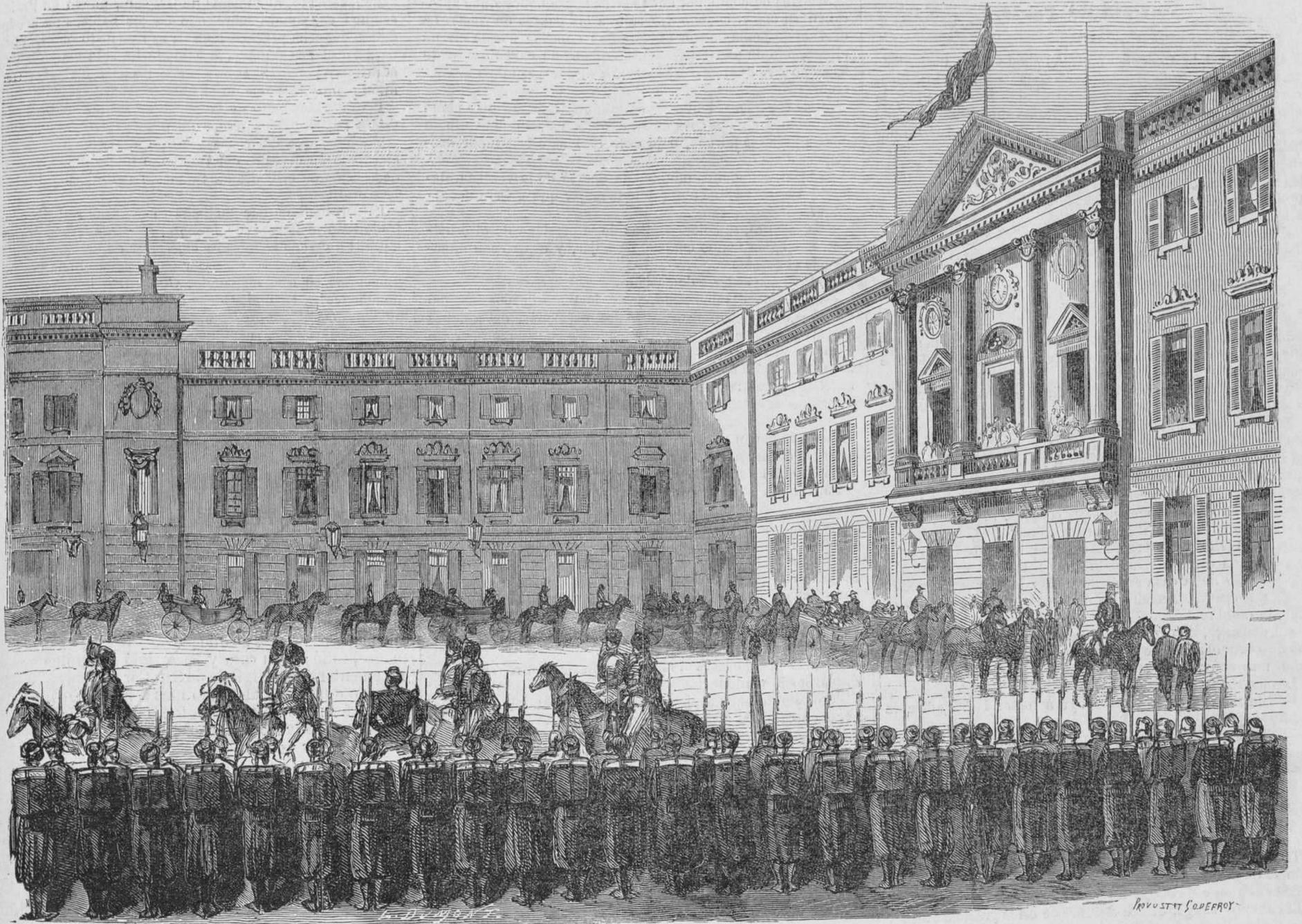
(2) Trepan.



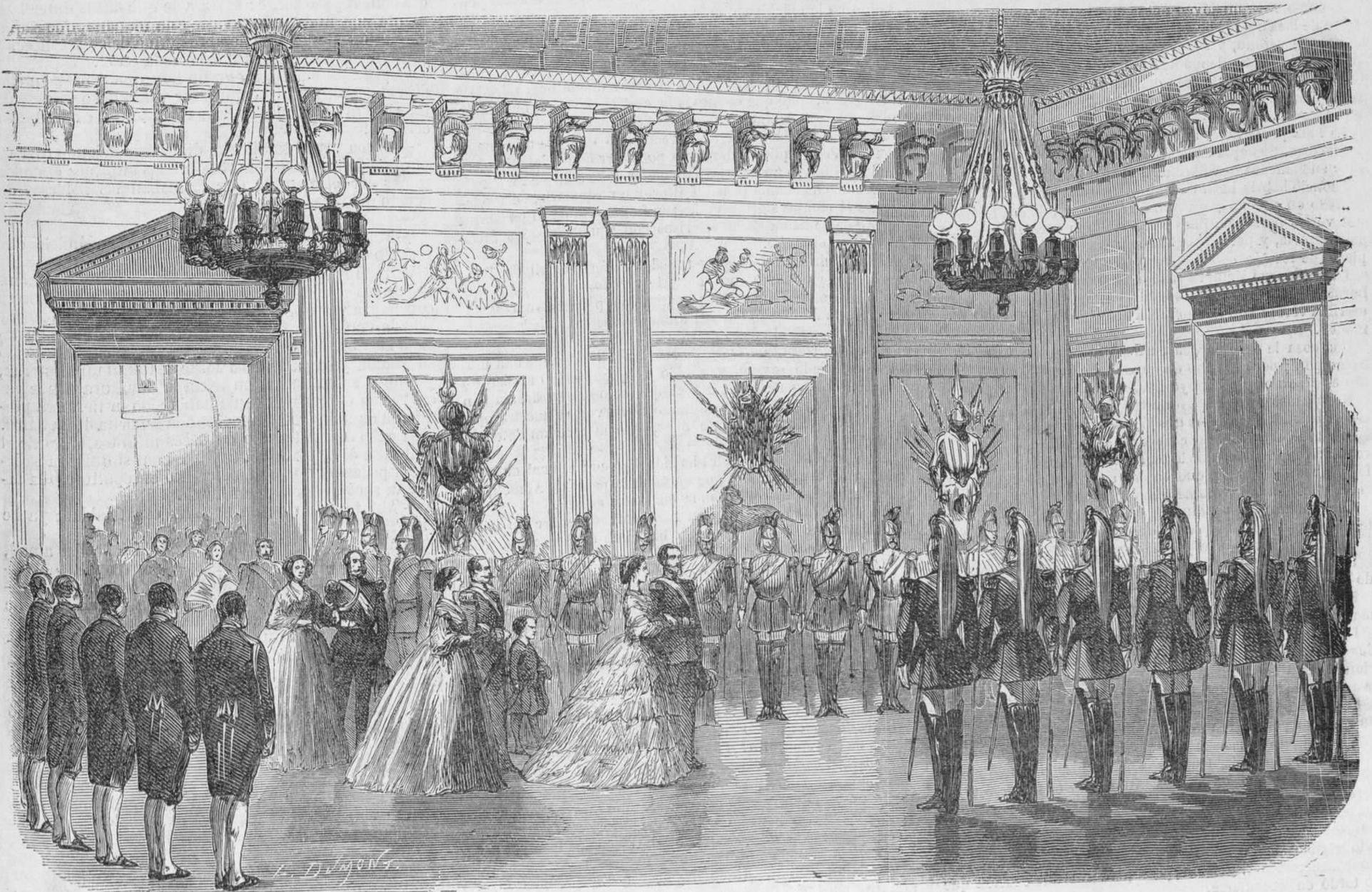
PUNTO DE REUNION DE LOS CAZADORES EN LOS ESTANQUES DE SAN PEDRO (palacio de Compiègne).



VISITA AL CASTILLO DE PIERREFONDS; MERIENDA OFRECIDA A S. M. POR EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ.



LLEGADA DE S. M. EL REY DE LOS PAISES BAJOS A COMPIEGNE (patio de honor).



S. M. EL REY DE LOS PAISES BAJOS ATRAVESANDO LA GALERIA DE LOS CIENTO GUARDIAS.

## Revista de Paris.

Paris principia á ponerse en movimiento hácia Paris. Esto es, los parisienses de Bélgica, de Alemania y de los Pirineos comienzan á regresar á la capital, donde traen la vida, la animación, las fiestas del invierno. Como de costumbre, cada cual vuelve maravillado de lo que ha visto, y satisfecho por haber recobrado la salud en unos cuantos meses, pues en suma, pocos dejan Paris sin el pretexto de ir á sanar sus males en Baden, en Biarritz ó en Trouville. ¡Cuántas curaciones prodigiosas debemos todos los años á las aguas termales y á los baños de mar!

— Es preciso viajar, cambiar de aire, dicen y repiten los médicos á la entrada del verano á los parisienses.

— ¿Y adónde ir?

— A cualquiera parte, con tal de salir de Paris.

En efecto, el cambio es una ley de la naturaleza, y aquí está el secreto de la boga de los baños de mar y de la saludable influencia que producen, no solamente en las personas que tienen en realidad alguna dolencia, sino en los enfermos imaginarios que tanto abundan.

Al cambio de lugar hay que añadir el cambio de vida y de costumbres.

En los baños de mar, así como en el campo, las amistades se entablan prontamente en medio de las playas, en el paseo, en el baile, en los salones públicos; las distracciones se encuentran más á mano, la etiqueta de los salones de Paris desaparece. ¿No es de creer que todo esto, al dar una nueva dirección á todas las funciones del cerebro, redunde al mismo tiempo en beneficio de nuestra salud?

Luego hay las aventuras, las intrigas, los lances imprevistos, que son otras tantas seducciones. Dos meses antes del estío la niña de la casa se siente indispuesta; su enfermedad es un misterio, la medicina es impotente para curarla de ese mal sin nombre.

Sin embargo, la jóven come, bebe y asiste á los bailes como de costumbre; pero cuanto más se aproxima el mes de julio, más enferma.

Los padres se alarman.

— Esta niña es preciso que vaya á tomar baños, dice la madre.

— Mis ocupaciones no me permiten acompañarla, responde el padre; si no, la llevaría.

— Eso es lo menos, yo iré con ella.

Y la buena esposa hace el sacrificio de abandonar á su marido durante unos meses, por supuesto después de haber oído el parecer del médico, que en tales consultas se halla siempre de acuerdo con los gustos femeninos.

Tres meses después la madre y la hija vuelven á Paris radiantes de júbilo, y presentan al jefe de la casa un jóven que solicita el honor de entrar á formar parte de la familia.

El cambio de lugar ofrece siempre de estos preciosos atractivos que á veces, en efecto, se realizan.

Nada más curioso que oír á los viajeros las relaciones de sus aventuras. Hé aquí una historieta de ayer que no es de las menos divertidas.

Leoncio N..., un jóven poeta que todavía no es conocido fuera de los círculos de sus relaciones, se fué al Havre á principios del verano, y se hospedó en un cuarto cuyas ventanas daban á un jardín dependiente de una hermosa casa.

Ahora bien, en esta casa oía resonar á menudo la voz sonora y suave de una jóven que con frecuencia veía también en el jardín.

La niña podía tener unos diez y seis años; era alta, esbelta y graciosa. Sus ojos azules y melancólicos, su rubia cabellera y su blancura descubrían su origen inglés á primera vista.

Leoncio habría hecho cuanto es posible hacer por ser presentado en aquella casa; se informó acerca de sus habitantes por varias personas; pero nadie acertó á darle una respuesta satisfactoria, y por consiguiente hubo de contentarse con el placer de los ojos.

La jóven casi siempre estaba sentada cerca de la ventana bordando ó leyendo, y entre tanto Leoncio la contemplaba ó escribía versos con la esperanza de que un día llegarían á sus manos.

Una cosa le desesperaba particularmente, y era el ignorar su nombre; pero al cabo de pocos días quedó satisfecho sobre este punto, pues la oyó llamar Adela.

No obstante, gracias á esta vecindad vino á establecerse cierta intimidad entre los dos jóvenes.

Por la noche Leoncio cantaba á su ventana, y Adela solía repetir las canciones que le oía. Este era para él un momento feliz, pues se figuraba que en esa malicia de criatura había alguna intención favorable á sus amores.

Luego cuando la ventana se cerraba, Leoncio no se apartaba de la suya hasta que veía apagarse la luz de enfrente.

Un día se creyó correspondido, y hé aquí por qué:

Había en la casa un hermoso perro, y Leoncio había notado que la jóven miraba al animal con mucho cariño.

El día en cuestión el perro estaba en el jardín y Adela asomada á su ventana.

Leoncio llamó al perro, y comenzó á echarle azúcar que él devoraba con todas las señales de una extremada satisfacción; cuanto más echaba, más parecía pedirle. Por fin vació la azucarera, y se la enseñó para que viera que estaba vacía.

Entonces el animal se alejó tristemente, volviéndose á menudo como para ver si debía renunciar á toda esperanza de que le arrojaran más azúcar.

En esto Leoncio alzó los ojos, y Adela hizo el mismo movimiento; sus dos miradas se encontraron, y ella inclinó la cabeza sonriendo como para dar gracias á su vecino en nombre del perro.

Desde aquel día Leoncio, persuadido de que había despertado algunas simpatías en la jóven, resolvió declararle su amor directamente, y solo esperó para ello una ocasión que no tardó en presentarse.

Acababa de componer unos versos apasionados que expresaban su amor, cuando vio salir á los padres de Adela. La ocasión no podía ser más favorable: copió la poesía en un plieguecillo de papel satinado, y doblándole cuidadosamente le metió en su cartera, y se volvió á su puesto junto á la ventana.

Adela estaba en el sitio de costumbre; Leoncio hizo como que buscaba alguna cosa en su cartera, y en el momento en que la jóven le miraba, dejó caer el billete como por descuido.

Al cabo de algunos minutos se apartó de la ventana, dejando á la curiosidad natural de la mujer que hiciera lo restante.

Sin embargo, se colocó detrás de la persiana de otro balcón, que había tenido cuidado de bajar, y esperó con impaciencia el desenlace.

No tuvo que esperar demasiado.

Adela había desaparecido, y un instante después asomó por el peristilo del jardín; bajó los escalones, dió algunas vueltas por entre los árboles, y luego después de mirar rápidamente si alguien la observaba, se apoderó del billete de Leoncio, echó á correr cantando hácia el cenador y allí leyó repetidas veces la poesía.

Durante este tiempo el autor tenía los ojos clavados en ella estudiando con ansiedad en su rostro la impresión que sus versos producían en su alma, y devorado por un deseo invencible de declararle de rodillas los sentimientos fríamente escritos en el papel que había recogido.

Por fin, sin poderse contener más se volvió á la ventana, prometiéndose que podría hablarla; y en cuanto ella advirtió su presencia, ocultó vivamente el billete en su seno, y un instante después estaba en su cuarto.

Leoncio se hallaba todavía bajo la influencia de las deliciosas inspiraciones que esta escena había despertado en su corazón, cuando entró á interrumpirle el mozo de la fonda que le traía una carta de su padre.

¡Qué carta! Era una orden categórica de ponerse en camino al otro día por un motivo urgente.

Leoncio hizo pedazos el maldito mensaje, y arrojó esos pedazos por la ventana.

Pero esto de nada le sirvió, y al día siguiente tuvo que ponerse en camino.

No obstante, su ausencia no fué larga; tres semanas después se hallaba en la misma habitación; pero ¡otra fatalidad! la vecina había mudado de vivienda.

Leoncio encontró nuevas personas conocidas en el Havre y entre otras un amigo que trataba mucho á la familia en cuestión, y le prometió introducirle en su casa.

Transportado de júbilo con la idea de poder al fin dirigir la palabra á su adorado tormento, Leoncio comió alegremente con su amigo y luego fué al teatro, donde estaba también Adela.

Ni un instante apartó de la jóven sus gemelos, y ella por su parte no dejaba tampoco de mirarlo de tiempo en tiempo á Leoncio.

Después de haberla seguido hasta su casa, una vez concluida la función, el poeta se fué á su cuarto y se durmió pensando en la felicidad que le esperaba.

Al otro día al levantarse se vistió elegantemente, y se fué á pasear por debajo de los balcones de la jóven con la esperanza de verla. Media hora anduvo dando vueltas, y ya se disponía á marcharse, cuando al echar una última mirada á la ventana, notó que se movía la cortina y vio un brazo desnudo que arrojaba un papel á la calle.

Leoncio corrió á cogerle y reconoció que era un «papirote.» Pero ¿quién sabe? ¿no podía ser que Adela hubiese dado esa forma á su carta para alejar toda sospecha?

Leoncio que había resuelto al pronto no tomarle, se apoderó de él con presteza y vió... ¡un fragmento de su poesía!

¡Adela se había hecho los rizos con aquella poética declaración amorosa!

Aquel mismo día Leoncio tomaba el ferro-carril de Paris satisfecho ya de aventuras por este verano.

La Opera ha dado el lunes último la primera representación de la famosa ópera del antiguo maestro Gluck titulada *Alceste*, y según el efecto de esta primera noche no auguramos á la partitura un éxito de los más brillantes. Es una música demasiado severa, y sabido es que el estilo clásico no conviene á la generación actual, que solo se entusiasma con la escuela de Verdi. Sin embargo, reservamos nuestra opinión sobre esta importante obra, que merece un detenido examen.

Madama Viardot (*Alceste*) ha sido llamada al final de cada acto, y el tenor Michot que cantaba la parte de Admeti, ha compartido los aplausos con la eminente artista.

En el segundo acto hay un baile coreado sobre un tema lindísimo, que ha producido un bellissimo efecto; nada más gracioso en verdad que esta escena de canto y de baile.

Ya que hablamos de baile, diremos que se anuncia uno nuevo en este teatro, titulado *la Estrella de Mesina*, donde habrá decoraciones maravillosas, todas ellas pintadas sobre apuntes sacados en Italia; la música es del conde Gabrielli, y la protagonista una bailarina inimitable, la Ferraris. En suma, todo aquí será italiano, hasta la dirección, á cuyo frente se ha puesto al señor Borri, el maestro de baile tan conocido y famoso en Italia por su gusto particular para inventar combinaciones coreográficas.

Entre tanto el teatro Italiano está ofreciendo las mejores piezas de su repertorio: *el Matrimonio secreto* de Cimarrón, *la Semiramis*, *el Barbero*, *Marta* y *el Baile de máscaras*.

No hemos asistido más que á la representación de *Semiramis*, y no tenemos rebozo en declarar que rara vez la hemos visto mejor desempeñada. La Penco, sin haber perdido nada de su hermosa voz, da á conocer que ha estudiado la música de Rossini y la canta con otra inteligencia que antes. En cuanto á la Alboni, continúa no admirando, sino sorprendiendo al público, pues parece imposible que una artista haya podido llegar á un grado de perfección semejante.

Beneventano, el suplente de Graziani, nuevo en Paris, posee una voz sonora sobre todo en los bajos, una arrogante figura y mucha práctica teatral: es más de lo que se necesita para agradar al público, á quien le ha sido simpático desde la primera noche. Si Beneventano no hace olvidar á Graziani, al menos hará que no se note su falta.

Para complemento de la excelente ejecución de *Semiramis* estaba Belart, tenor ligero, á quien se oye siempre con agrado.

Tenemos que decir dos palabras sobre un nuevo drama ejecutado en el teatro del Ambigu, ó mejor dicho, sobre una decoración de este drama traducido del inglés y titulado *el Lago de Glenaston*.

La decoración á que aludimos y en la cual se halla concentrado todo el interés de la pieza, es verdaderamente prodigiosa. La escena representa el interior de un río; de repente el agua tiembla y se ve pasar en el agua el cuerpo de una mujer que se está ahogando. ¡Nada más horroroso puede imaginarse!... La mujer lucha desesperada con la muerte; se agarra á cuanto se presenta, pero su valor se acaba y está á punto de sucumbir, cuando un salvador la arranca de brazos de la muerte; otro cuerpo se precipita, la descubre debajo de las olas y la saca á tiempo á la superficie. — Este cuadro ha llenado de gente el teatro donde se presentaba más de seiscientos noches seguidas en Londres; veremos si en Paris sucede otro tanto.

MARIANO URRABIETA.

## Proceso novela.

(Conclusion.)

Luego que anocheció, cogió Jorge de Garan su espada y sus pistolas, se echó al bolsillo una gran suma de dinero en oro, se embozó en su capa, y burlando la vigilancia de los criados de que le había rodeado su cariñosa madre, salió de su casa y se dirigió precipitadamente al cementerio de la iglesia de San German de los Prados. Llegado que hubo al punto más solitario de un barrio apenas formado á la sazón, fuese derecho Jorge á llamar á la puerta de una choza donde vivía el sepulturero.

— Tú eres pobre, miserable, le dijo el capitán, y yo puedo enriquecerte ahora mismo: ¿aceptas?

Era el sepulturero un infeliz, cargado de hijos, á quienes escasamente podía mantener con el producto de su triste industria, y naturalmente pensó, al ver delante de sí á un caballero ricamente vestido y que le hablaba en aquellos términos, en hacerse pagar lo más caro posible el favor que sin duda le iba á pedir.

— Señor capitán, respondió el posadero de los difuntos, yo bien quisiera ser rico, y si puedo lograrlo sin comprometer mi pescuezo en este mundo ni la salvación de mi alma en el otro, estoy á vuestras órdenes.

— Ni tu pescuezo ni tu alma corren peligro en esta ocasión, repuso Jorge: se trata de que abras inmediatamente una huesa que cavaste esta mañana, que saques de ella un ataúd, que le abras y me dejes reconocer y contemplar á la que yace encerrada en él.

— ¡Oh! en cuanto á eso, no hay que pensar en ello, dijo el sepulturero con muestras de asombro y de espanto. ¡Eso es un sacrilegio, señor capitán, un horrible sacrilegio!

— Toma por el sacrilegio, dijo Jorge dejando caer un puñado de monedas de oro sobre los antiguos epitafios, roídos por el tiempo, que formaban las baldosas del cuarto del sepulturero.

— ¡Me expongo á ir á presidio!...

— Toma por el presidio, repuso Jorge dándole otro puñado de dinero.

Otras tres ó cuatro objeciones opuso todavía el hombre de los muertos, hasta que en fin, tranquilizada su conciencia por el brillo de aquellas doblillas de oro que relucían en su sórdido zaquizami como estrellas en un cielo borrascoso, se decidió á obedecer al capitán. Cogió su azadón y su pala. Dió á Jorge de Garan una linterna, y ambos se encaminaron hácia la sepultura donde yacía recién enterrada la que había sido la hermosa presidenta de Boissieux; la idolatrada señorita de La Faille.

Al cabo de un trabajo de pocos minutos, durante el cual latía el corazón del capitán cual si quisiera salirse á pedazos del pecho, descubrió el sepulturero la caja y la sacó al borde de la huesa.

— Ahí teneis, dijo en seguida con frialdad; ya he cumplido lo que prometí.

— Ahora es preciso que levantes la tapa del ataúd, dijo M. de Garan; y como el sepulturero opusiese algunas dificultades: — ¡Miserable! añadió el capitán haciendo brillar á sus ojos un puñal; bastante oro te he dado ya... guarda no recurra ahora al acero.

Esta amenaza desvaneció todos los escrúpulos del sepulturero, que puso inmediatamente manos á la obra, y pronto rodó sobre la yerba el cuerpo de madama de Boissieux, envuelto en su blanca mortaja.

Arrodillóse Jorge junto aquel yerto cadáver, y quedó sumergido en una profunda meditación.

Viendo el sepulturero que el capitán, á quien varias veces había dirigido en vano la palabra, persistía en su inmovilidad y en su silencio, creyó que aun le quedaba algo que hacer, y llegándose al cadáver entreabrió la mortaja y descubrió el rostro de madama de Boissieux. El infeliz amante lanzó un grito al reconocerla. ¡Ella era en efecto! Los pálidos matices de la muerte no habían sucedido todavía en aquel bellissimo semblante al puro carmin de la vida; estaba más hermosa acaso que nunca, y parecía sumergida en un apacible sueño.

Jorge estrechó blandamente en sus brazos aquel ca-

haber querido, le puso sobre sus rodillas, le habló de amor, de felicidad; le recordó los dulces días pasados... De repente lanzó un grito que repitieron los profundos ecos del cementerio... Una carcajada convulsiva sucedió á aquel grito: luego todo quedó en el silencio de la muerte.

El sepulturero, que se había retirado á alguna distancia, y estaba medio adormecido junto á un árbol, se levantó de pronto para acercarse al capitán; pero no pudo alcanzarlo, y solamente le divisó á lo lejos, huyendo por entre los monumentos fúnebres y llevándose en brazos el cadáver que acababa de arrancar á la paz del sepulcro.

La temprana muerte de una esposa querida había sumergido al presidente de Boissieux en una inconsolable tristeza. Todos los años, en el día aniversario de aquella separación tan inesperada y cruel, iba el afligido magistrado, y allí arrodillado sobre la losa que cubría los despojos mortales de su esposa querida, pasaba algunas horas rogando á Dios con profundo fervor por el descanso eterno de su alma.

El 14 de octubre de 1716, cinco años después de la muerte de madama de Boissieux, había ido el presidente, según su costumbre, al cementerio, á cumplir el piadoso deber que se había impuesto en conmemoración de aquella llorada pérdida, y hacia cosa de una hora que estaba engolfado en sus dolorosos recuerdos, cuando de repente distrajo su atención el leve crujir de unas ropas de seda mezclado al sonido de unas rápidas pisadas. Levantó la cabeza, y ¡cuál fué su asombro al reconocer en la persona que así turbaba sus meditaciones á su mujer, á su propia mujer, á Clemencia, al objeto de tantas lágrimas, de tantas amarguras! Al verla, levántase M. de Boissieux precipitadamente, y tiende los brazos á la misteriosa aparición en que cree ver una sombra, exclamando: — ¡Clemencia! ¿Eres tú?... Pero la desconocida, que al principio no le había visto, da un grito y huye á todo correr; M. de Boissieux la sigue, pero tan de lejos, que solo tiene tiempo para verla salir del cementerio y entrar en un coche, que se la lleva al galope de cuatro magníficos caballos.

Fuera de sí, despedazado por la indecible angustia que acababa de causarle aquel inesperado encuentro, M. de Boissieux va corriendo á casa del sepulturero, le cuenta lo que acababa de ver, y exige imperiosamente que le diga cuánto sepa relativo al entierro de madama de Boissieux.

— Bien quisiera poder satisfacer á vuestras preguntas, repuso el sepulturero; pero no hace más que cuatro años y medio que estoy empleado aquí.

— ¿Pues quién fué el que enterró á mi mujer?

— Mi predecesor Renato Glod.

— ¿Y qué es de él? ¿Dónde para?

— Dice que un pariente suyo le dejó un gran caudal, y que con este motivo se retiró con su mujer y sus hijos á un pueblecito de Normandía, de donde era natural; á Vire, si no me engaño.

— ¿Hace cinco años?

— Cabales.

— Y, prosiguió M. de Boissieux, ¿no has visto algunas veces á una señora joven, hermosa y muy bien puesta rondar la sepultura de la presidenta?

— Nunca; pero ahora me acuerdo que hace tres ó cuatro días vino una especie de criado mulato á preguntarme en qué parte del cementerio se hallaba la sepultura de madama de Boissieux, la difunta esposa del presidente del Tribunal mayor de cuentas.

— ¿Nada más te dijo?

— Nada más.

— Bien está, repuso el presidente poniéndole en la mano algún dinero: vigila atentamente la sepultura de la presidenta, y si notas algo extraordinario darás parte al señor superintendente de policía. Pronto volveré.

Apenas salió de casa del sepulturero, pasó M. de Boissieux á verse con el conde de Argenson, superintendente de policía á la sazón, y le dió parte de lo que acababa de ocurrir, manifestándole además las vagas sospechas que le inspiraba la súbita desaparición del antiguo sepulturero.

— Muy novelesco es todo eso, dijo el conde de Argenson, después de haber escuchado atentamente al magistrado, y os confieso que atribuyo á devaneo de vuestra imaginación exaltada por el dolor la extraordinaria semejanza que habeis hallado entre la señora del cementerio y vuestra difunta esposa. Sin embargo, como el caso es muy delicado, voy inmediatamente á dar mis órdenes para que se hagan las mayores diligencias á fin de averiguar el nombre de la señora que habeis visto; también despacharé un comisionado á Normandía para que consaque con astucia al antiguo sepulturero; y en fin, se hará todo lo posible para tranquilizaros.

— Y ante todas cosas, interrumpió M. de Boissieux, ¿no consentiríais, á empeño mio formal, en que se preceda mañana mismo á abrir y visitar la sepultura?

— Con mucho gusto.

Con efecto, á la mañana siguiente el superintendente de policía, asistido por dos consejeros del Chatelet, un comisario y dos maestros cirujanos, acudió, en compañía de M. de Boissieux, al cementerio de la abadía de San German de los Prados, donde con acuerdo del arzobispo se procedió á abrir la sepultura.

La caja se halló rota y vacía.

Tres días después el superintendente de policía dirigió á M. de Boissieux una carta que contenía la siguiente información:

«La persona á quien encontró en el cementerio el señor P. de Boissieux el 14 de octubre es madama de Garan, esposa del caballero Jorge de Garan, coronel del

regimiento de artillería de la Fere; este enlace se ha efectuado en Pondichery, de donde es natural madama de Garan, y no hace más que un mes que ambos esposos han llegado á Francia. El agente despachado á Normandía no ha tenido dificultad en descubrir el paradero de la familia de Renato Glod, quien falleció hace tres años; pero de las declaraciones de su viuda y de sus hijos, resulta que no es cierto lo que se había dicho de la herencia, aunque en efecto llegó á Vire con una suma de 10,000 libras (francos). Estos informes, los únicos que se han podido adquirir hasta ahora, son muy importantes, atendida la circunstancia de estar probado que el cuerpo de madama de Boissieux ha sido con efecto sacado de su sepultura.»

Creyó entonces M. de Boissieux deber informar al superintendente de policía de las íntimas relaciones que habían mediado entre la familia de M. de Garan y la de la señorita de La Faille, del proyectado enlace de ambos jóvenes y de las causas de su rompimiento, acabando por suplicar al conde de Argenson que no desatendiese cosa alguna para averiguar los menores antecedentes de M. y madama de Garan, pues no podía dudar que esta era su propia mujer, sobre quien estaba firmemente resuelto á reclamar sus legítimos derechos.

Hechas estas diligencias preliminares, demandó inmediatamente en justicia M. de Boissieux contra el coronel de Garan, acusándole de raptó, y pidiendo que se declarase nulo el segundo casamiento de la señorita de La Faille, á quien hizo intimación de volver al domicilio conyugal: al mismo tiempo revolvió cielo y tierra para recoger todos los datos, todos los indicios que podían contribuir á poner en claro la verdad. Averiguó por el ministro de la Guerra el día de la primera llegada de Jorge de Garan á Paris, día notable por su coincidencia con su precipitada partida y con el entierro de la presidenta.

A fuerza de diligencias, descubrió á los postillones que le llevaron cinco años antes de Paris á Brest, acompañado de una mujer enferma y tapada con un velo; averiguó, en fin, que se había embarcado en un buque mercante, la *Hermosa Margarita*, siendo así que hubiera debido, por un orden regular, embarcarse en un buque del Estado. Apoyado en estos incontrastables indicios, entabló un pleito, cuyo resultado no podía, en su concepto, ser dudoso.

Esta causa, por su naturaleza, por su singularidad, por el misterio de que aparecía rodeada, y sobre todo á causa de los personajes de distinción que figuraban en ella, excitó la mas viva curiosidad. No se hablaba de otra cosa en Paris, y todo se volvía suposiciones y comentarios absurdos y malévolos, ya contra uno, ya contra otro marido.

Llegó por fin el gran día de la vista, y el majestuoso ámbito del parlamento se halló inundado de una inmensa muchedumbre, ansiosa de conmociones, apasionada ya de antemano por una ó por otra parte, y que arrebatada por la elocuencia de los abogados y seducida por la rara hermosura de madama de Garan, manifestaba sin rebozo su interés por una mujer que se presentaba como victima de una trama infernal.

M. de La Faille, á quien la resistencia de su hija cuando quiso casarla con M. de Boissieux había afligido profundamente, se retiró á Tolosa, cuando su imprevista muerte vino á causarle un dolor tanto mas inconsolable, cuanto se acusaba de haber contribuido á ella con su fatal obstinación. A la primera nueva del extraño pleito que se preparaba pasó inmediatamente á Paris, y cuando vió á madama de Garan prorumpió en llanto, llamándola su hija, y quiso estrecharla en sus brazos; pero ella, sin manifestar la mas leve agitación, sin que ningún otro sentimiento mas que el del asombro y el de un respetuoso interés alterase la dulce serenidad de su semblante, declaró á los magistrados que habían querido asistir á aquella entrevista, que no conocía en manera alguna á aquel anciano y que la admiraba verse objeto de tan cruel y tenaz ilusión. En la audiencia insistió en sus declaraciones; luego, en presencia de M. de Boissieux, repelió sus alegaciones con entereza y dignidad; contó en pocas y sencillas palabras la historia de su vida, y su abogado, M. de Moizas, fué apoyando sucesivamente sus dichos con la exhibición de documentos que no dejaban la menor duda acerca de su autenticidad.

La esposa del coronel de Garan, nacida en Pondichery de padres franceses, el señor de Merval y la señora Fichet, se había casado tres años antes en la capilla misma del palacio del gobernador, teniendo por testigos á los principales jefes y empleados del apostadero francés. Su fe de bautismo estaba en toda regla; el contrato y el certificado auténtico de su casamiento llevaban todos los requisitos legales, y en fin, los dos esposos habían vuelto á Francia á bordo de un buque del Estado; nada pues autorizaba á creer que un hombre de honor, un buen militar, como lo había sido siempre el coronel de Garan, mintiese á la justicia, ni tampoco que una señora joven y virtuosa pudiese sostener con tanta tenacidad é impavidez una impostura tan complicada.

Este tema, hábilmente desenvuelto por M. de Moizas, uno de los abogados de mas nombradía en el parlamento, produjo en el auditorio y hasta en el estrado de los jueces una impresión de duda que pronto estuvo á punto de convertirse en convicción. En vano el presidente de Boissieux, en vano el elocuente órgano de su demanda, invocaron recuerdos puntuales, hechos no dudosos, coincidencias sorprendentes é irrefragables; en vano insistieron sobre las mil circunstancias que acusaban al coronel, su repentina salida de Paris la noche misma de su llegada, después de tan larga ausencia, sin despedirse

de su tierna madre, y llevándose una mujer casi exánime, rigurosamente tapada con un velo, con la cual se embarcó bajo un nombre supuesto á bordo de un oscuro buque mercante; en vano M. de Boissieux invocó la controversia empeñada entre los médicos y los cirujanos de la época, de la que resultaba con evidencia que había muchos casos de letargos que duraban varios días presentando todos los síntomas de la muerte: toda aquella elocuencia, todos aquellos argumentos se estrellaban ante la fría serenidad, ante el impasible continente de madama de Garan.

Sentada junto á su defensor, rodeada de los amigos de su marido, parecía que aguardaba su sentencia llena de confianza en la justicia humana y divina. Los magistrados, indecisos al principio, no tardaron en interesarse por aquella infeliz mujer, tan jóven y hermosa, que nacida bajo un cielo extranjero, se había confiado en el amor de su esposo, y no arribaba á su patria inhospitalaria mas que para verse arrastrada á los bancos del crimen, para verse disputar sus títulos de hija, esposa y madre.

Bajo la impresión de estos pensamientos, y luego que el órgano imparcial de la ley hubo manifestado su dictamen, dirigido á que no debía darse curso á la demanda del presidente de Boissieux, y á que se concediese la debida reparación al coronel de Garan y á su esposa, injustamente atacados en su honor y buen crédito, se disponían los magistrados á levantarse de sus sillas para fallar, cuando un incidente imprevisto, capital, decisivo, vino á cambiar repentinamente sus disposiciones y á presentar la causa bajo un aspecto enteramente distinto.

Mientras leía el fiscal su dictamen en medio del mas profundo silencio y de la ansiedad general, el presidente de Boissieux, que previa el desaire que le esperaba, salió de la sala resuelto á hacer una prueba decisiva que acababa de ocurrírsele en aquel momento, y volvió poco después llevando de la mano una preciosa niña de seis años, su hija Clemencia, único fruto de su desgraciado matrimonio con la señorita de La Faille. Acabada la lectura del dictamen fiscal, hizo seña al presidente de que aguardase algunos momentos, y se dirigió con su hija al banco que ocupaban madama de Garan y sus defensores.

Su abogado, M. de Moizas, ocupado en reunir los autos de su expediente para llevarlos á la mesa, estaba demasiado engolfado en su faena para reparar en su adversario, y madama de Garan, con la cabeza dolorosamente apoyada en la mano derecha, parecía embebida en tristes reflexiones, cuando la niña Clemencia, cogiéndole una mano y empujándose para presentarle su lindo rostro, le dijo con voz infantil: — Mamá, ¿quieres darme un beso?

Arrancada de súbito á la especie de enajenación en que yacía, aturdida al principio y luego radiante de alegría, levantándose madama de Garan cogió en sus brazos á la niña, la cubrió de besos y de lágrimas y exclamó con delirio: — ¡Clemencia! ¡hija mia!

Desde aquel momento la causa cambió enteramente de aspecto. El defensor de madama de Garan, en aquel crítico momento, al ver desmoronarse el edificio de su convicción, ni perdió su presencia de ánimo ni abandonó á su cliente. La defensa que improvisó en el acto fué realmente admirable, y pudo creerse que iba á mejorar la causa de madama de Garan; presentó una pintura vivísima de sus largos padecimientos, de sus combates, de su resignación, de su piadosa obediencia á su padre: luego la mostró arrancada milagrosamente á la muerte, abandonando la Francia, y creyéndose en libertad de consagrar su vida al hombre á quien se la debía, y acabó pidiendo al tribunal que declarase nulos unos lazos que había desatado la muerte.

Un fallo en este sentido era imposible; el matrimonio contraído por M. de Garan en Pondichery se declaró nulo, y la señorita de La Faille salió condenada á volver al domicilio de su legítimo esposo, el señor presidente de Boissieux.

Al día siguiente de haber dado el tribunal esta sentencia, la señorita de La Faille hizo presentar al rey un memorial pidiendo que se le permitiese retirarse al convento de las señoras carmelitas ó á cualquier otro que tuviese á bien designar S. M.; pero se negó esta solicitud, y se le notificó que en el preciso término de veinte y cuatro horas obedeciese la sentencia expedida por el parlamento.

A las seis de la tarde del día siguiente, hallándose el presidente de Boissieux en un salón rodeado de sus parientes y amigos para recibir á su esposa, que le había anunciado su llegada para aquella hora, abrióse con efecto de par en par la puerta de la estancia, y un lacayo anunció en alta voz á la señora presidenta de Boissieux, que entró sola, pálida como una muerta, vestida de blanco y ricamente ataviada. Salió al encuentro el grave magistrado, pero deteniéndole ella con la mano: — Señor presidente, le dijo con voz triste y resignada, os traigo lo que habeis perdido.

Y cayó muerta á sus piés.

Aquella misma noche, casi en el mismo instante, el coronel de Garan, que se había envenenado con ella, exhalaba el último suspiro en los brazos de su madre.

#### 80° aniversario

DEL NACIMIENTO DE GUILLERMO I, REY DE WURTEMBERG.

El 27 de setiembre las salvas disparadas á las ocho de la mañana en las alturas que rodean á Stuttgart, anun-

ciaban al pueblo que el rey acababa de cumplir ochenta años.

Nacido en Luben el 27 de setiembre de 1781, del príncipe Federico de Wurtemberg y de la princesa Augusta de Brunswick, Guillermo de Wurtemberg casó en primeras nupcias con Carlota de Baviera el 8 de junio de 1808. Esta union formada por Napoleon I, que queria establecer una alianza entre las córtes de Baviera y de Wurtemberg, no fué dichosa. Separado en agosto de 1814, el rey casó en segundas nupcias con la princesa Catalina, hija de Pablo I, emperador de Rusia. El casamiento tuvo lugar en San Petersburgo el 24 de enero de 1816.

Al cabo de tres años de una feliz union la reina murió, y el rey contrajo despues matrimonio con la princesa Paulina de Wurtemberg, reina actual. Durante las guerras del imperio, Guillermo de Wurtemberg, entonces príncipe real, reunió á los talentos de un jefe inteligente la bizarría de un hombre de corazon, y mandó una parte de las tropas wurtembergenses en las batallas de Sens y de Montereau (1814). En 1848, la energía desplegada por el rey conjuró el movimiento revolucionario próximo á estallar, y las excelentes instituciones que desde entonces introdujo en el gobierno le granjearon la estimacion y el amor de sus súbditos.

Por esto se preparaban con un verdadero entusiasmo á festejar su cumpleaños en setiembre último, cuando inquieto por la mala salud de la reina, suplicó á los habitantes que se abstuvieran de toda demostracion. A las once el rey se fué á la plaza del Palacio, donde pasó revista al cuerpo de oficiales de guarnicion en Stuttgart. Por la noche habia en el teatro una gran funcion; se daba por pri-



OVACION HECHA AL REY DE WURTEMBERG A SU ENTRADA EN EL TEATRO DE STUITGARD.

mera vez el *Fausto* de Gounod. El rey entró en su palco acompañado de su hija la reina de Holanda y de los príncipes de Orange y de Oldenburgo. A su aparicion todos los espectadores se levantaron; el grito de *viva nuestro amado rey!* se hallaba en todas las bocas, y el entusiasmo era tan grande que el rey muy conmovido suplicó á la reina de Holanda que se sentara como él á fin de que cesasen los gritos. El rey escuchó la ópera atentamente, y dió repetidas muestras de satisfaccion.

G. L.

### Inauguracion

DE LAS OBRAS DE LA COMISION EUROPEA EN SOULINA.

Nuestro periódico, que tiene por objeto principal el poner á sus lectores al corriente de todos los sucesos notables que ocurren en todos los puntos del globo, debe abrir hoy sus columnas á la relacion de una gran solemnidad que interesa á un tiempo al mundo político, al mundo marítimo y al mundo comercial; nos referimos á la inauguracion de las inmensas obras que acaban de ser ejecutadas en las bocas del Danubio, en Soulina, por la comision europea compuesta de los delegados de las siete potencias que han firmado el tratado de Paris.

No haremos la historia del Danubio oriental, y nos contentaremos con recordar los preliminares de la cuestion que nos ocupa.

Despues de haber visto prosperar en sus márgenes las factorías de la industriosa república de Génova, el Danubio se hizo turco desde las Puertas de Hierro hasta el Delta, y ruso desde el Delta hasta el mar



EL REY DE WURTEMBERG Y SU ESTADO MAYOR.

Janet Lange

Negro. Durante largo tiempo el Danubio fué como olvidado por el Occidente; los inmensos recursos agrícolas de los Principados parecían completamente ignorados de todo el mundo. El Austria los conocía y trataba de desviar de su gran río á todas las banderas extranjeras.

El Austria, dueña ya de la mayor parte del río, vino á monopolizar despues por medio de vapores todo su curso, y la compañía imperial y real del Danubio navega hoy casi exclusivamente hasta Ibraila y Galatz, en las aguas de la Serbia, en las aguas turcas que bañan la Bulgaria y la Dobrudja, y en las aguas rumanas que costean la Moldavia y la Valaquia.

Otra potencia, la Rusia, poseía el delta del Danubio. Admitida por el tratado de Kainardjik en 1774, á traficar y á navegar en el mar Negro, se substituyó poco á poco con las armas en la mano á la Turquía, y abrió por el mar de Azoff, por Cherson y por Odessa unas relaciones comerciales muy considerables con los puertos del Mediterraneo. El gabinete de San Petersburgo llamaba enérgicamente la actividad hácia sus posesiones del mar Negro, en tanto que no se fomentaba la navegación en interés de las fértiles comarcas del bajo Danubio. La idea se comprende fácilmente: desarrollar las riquezas de la Moldavia y de la Valaquia, elevar su prosperidad, ponerlas en comunicacion directa con la Europa occidental, era ir

quizá contra el objeto que proseguían obstinadamente el Austria y la Rusia, y sin duda convenia á estas dos potencias el no llamar demasiado la atencion sobre unos países que les inspiraban codiciosas miras.

Esta política egoísta hallaba un auxiliar en las dificultades que presentaba la navegación en las bocas del Danubio, donde se habían formado terrenos que constituían obstáculos naturales desfavorables para el comercio marítimo.

En 1815 por primera vez, pensaron las potencias europeas en el Danubio. Carlomagno había tenido el proyecto de unir este río con el Rin; el congreso de Viena sentó en principio la libre navegación de esas grandes corrientes de aguas. No hubo mas por entonces; pero esto bastó para espacir la alarma en San Petersburgo. La Rusia que se había hecho conceder las llanuras incultas y pantanosas del bajo Danubio, comprendía que los trigos de Odessa y del mar de Azoff tendrían una dura competencia en los trigos de la Moldavia y de la Valaquia; la acusaron de que trabajaba en aumentar los obstáculos acumulados por la naturaleza en la entrada de la boca mas navegable del Danubio, la de Soulina. El Austria que reinaba sobre las aguas del Danubio, abrió los ojos, y en 1841 obtuvo que la Rusia fuese obligada á mantener un fondo de nueve piés de agua sobre la barra de Soulina. Con razon ó sin ella, conti-



COMISION EUROPEA DEL DANUBIO.



VISTA DE SOULINA (embocadura del Danubio).

nuaron las acusaciones dirigidas contra el gabinete de San Petersburgo, y en agosto de 1846 el *Journal des Debats* decía, en un artículo firmado por M. X. Marmier, que los empleados de los establecimientos rusos fundados en la embocadura de Soulina «arrojaban en el paso durante la noche, sacos de piedra y de arena.» Los mismos hechos fueron señalados por M. A. Billecocq, á la sazón agente y cónsul general de Francia en los Principados.

La guerra de Oriente llamó en fin seriamente la atención de la Europa hácia las comarcas del bajo Danubio. El artículo 16 del tratado de Paris, invocando el principio de la libre navegacion de los rios sentado en el tratado de Viena, proclamó la libertad del Danubio é instituyó una comision europea encargada de hacer desaparecer los obstáculos que entorpecian la navegacion del rio, sobre todo en las inmediaciones del mar Negro. La duracion de las obras de la comision se fijó en dos años, y los comisarios se hallaban reunidos en Galatz, centro de sus tareas, en noviembre de 1856. El término prefijado se consideró despues insuficiente; el 19 de agosto de 1858 la mayoría de las potencias representadas en las conferencias de Paris decidió que la comision europea no seria disuelta en tanto que no hubiese concluido la obra de interés general prevista por el congreso de Paris.

Hoy las obras están terminadas, y han sido inauguradas solemnemente el 3 de setiembre último.

Solo nos proponemos hoy resumir la marcha general de las deliberaciones y de los trabajos técnicos de la comision europea, reservando para un segundo artículo el dar los pormenores de esta interesante fiesta.

En el personal de la comision se han hecho algunas modificaciones; en la actualidad se compone de M. Becke por el Austria, M. Ed. Engelhardt por la Francia, M. Stokes por la Gran Bretaña, el caballero Stambou por la Italia, M. Saint-Pierre por la Prusia, el baron de Offenberg por la Rusia, y el general Omer Fevzi-bajá por la Turquía.

A los retratos de los delegados de estas siete potencias acompañan el de M. C. A. Hartley, ingeniero en jefe, y el de M. Mohler, secretario general.

El mapa de las bocas del Danubio permitirá al lector hacerse cargo exactamente de la importancia de las obras hechas por la comision europea.

Desde Isaktcha en la Bulgaria y despues de un trayecto de 1,700 millas á través de la Europa, el Danubio corre apaciblemente por un cauce ancho y profundo hasta Ismail, donde se divide y forma lo que llaman el *tchatal* de Ismail (palabra turca que significa horquilla). En este punto principia el delta del rio: las 17/27<sup>as</sup> del volúmen de agua del Danubio corren hácia el Este y forman el ramal de Kilia; las 10/27<sup>as</sup> se dirigen hácia el sudeste y van á pasar por delante de Toultscha. El Kilia se subdivide en tres brazos, de los cuales no tenemos

europaea, nada mejor que el siguiente extracto publicado en el periódico francés de Constantinopla, *le Courrier d'Orient*. Dice así:

«No hubo discusion en cuanto al brazo de Kilia, pues se subdivide en cinco ramales que atraviesan terrenos pantanosos, por entre los cuales la corriente del rio puede crearse nuevas salidas y hacer completamente inútiles las obras muy difíciles y muy costosas que habrian sido ejecutadas en ese punto.

La eleccion debia recaer pues en el Soulina ó en el San Jorge.

El San Jorge presenta un volúmen de agua mas considerable que el Soulina, un cauce menos caprichoso; es mas ancho, mas profundo, y su embocadura está menos expuesta á la accion de los vientos reinantes del mar Negro; pero si se pensaba en el término de dos años fijado por el tratado de Paris á las obras de la comision, si se calculaban los gastos que habia que hacer, si se tenían en cuenta urgentes necesidades del comercio marítimo, Soulina alcanzaba grandes ventajas sobre San Jorge.

Mucho tiempo trascurrió antes de que los siete comisarios pudiesen ponerse de acuerdo sobre este punto. Primero se prefirió San Jorge, mas luego se abandonó, mediante la proposicion del gobierno francés, á causa de los largos y costosos trabajos que exigia. Desde entonces todos los estudios y las obras se concentraron en Soulina.

La tarea de la comision europea tomó proporciones considerables, pues antes de llegar á la parte técnica de la empresa hubo que zanjar una infinidad de cuestiones políticas y económicas.

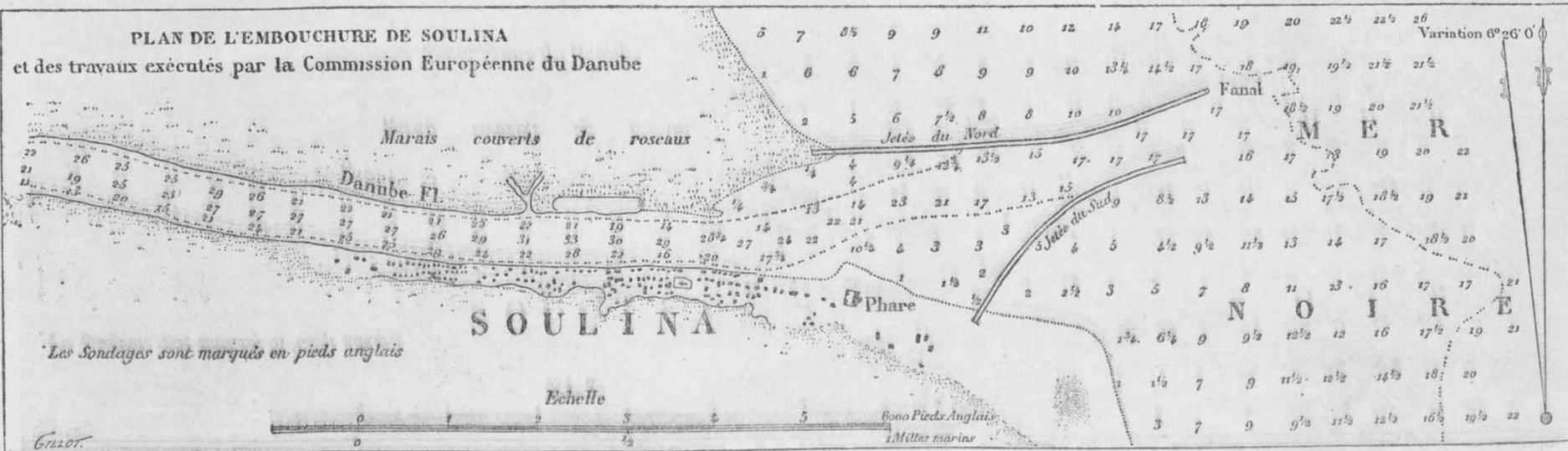
Despues de la guerra de Oriente no habia en el bajo Danubio mas que desórdenes y arbitrariedades. Restituido primeramente por el tratado de Paris á la Moldavia, el delta fué arrebatado no se sabe porqué á este principado y dado á la Turquía por la conferencia de Paris. Detrás de los rusos que todavia ocupaban el delta ocho meses despues de firmado el tratado del 30 de marzo de 1856, los austriacos se apoderaron de la embocadura de Soulina constituyéndose en amos soberanos. Un poder militar despótico reinaba en aquellos sitios, donde el comercio extranjero no hallaba ni garantía ni



MAPA DEL DELTA DEL DANUBIO.

que ocuparnos ahora. La segunda corriente á seis millas de Toultscha, forma un nuevo *tchatal*, el de San Jorge, que da nacimiento á dos grandes brazos, el de Soulina y el de San Jorge. El brazo de Soulina toma la direccion del Este llevándose al mar Negro las 2/27<sup>as</sup> del volúmen de agua que pasa por Isaktcha. El brazo de San Jorge corre generalmente hácia el sudeste llevándose las 8/27<sup>as</sup> de la masa de agua total del Danubio. La cuestion se reducía á determinar cuál de estos tres brazos, el Kilia al Norte, el Soulina al centro y el San Jorge al Sur, se podria habilitar mas pronta y económica-mente á las necesidades del comercio marítimo.

Para analizar esta parte de las obras de la comision



PLANO DE LA EMBOCADURA DE SOULINA Y DE LAS OBRAS EJECUTADAS POR LA COMISION EUROPEA DEL DANUBIO.

seguridad. La comision europea lo primero que hizo fué despejar el campo. Tenia poderes para poner fin á los desórdenes, y se abrieron negociaciones con Constantinopla á fin de asegurar la ejecucion de los reglamentos que emanaron de su iniciativa.

Al cabo de largas discusiones en las cuales debieron ser consultados á menudo los gabinetes, la comision europea, convencida de la insuficiencia de sus poderes para remediar los inauditos abusos que toleraba la autoridad militar establecida en Soulina, esperó al principio que el poder regular de la Puerta fuese sustituido en fin al del Austria, y luego trató directamente con el

gobierno otomano y el de los Principados Unidos sobre ciertas cuestiones especiales que debian asegurar la ejecucion de su mandato.

Desde entonces marcharon las cosas. La comision europea publicó sucesivamente buenos reglamentos sobre la policia del rio, sobre los fletes, sobre las cuarentenas, sobre el puerto y la rada de Soulina, sobre el puerto de Toultscha y sobre la tarifa de los derechos de navegacion. Como complemento á estas medidas de orden público, la comision europea estableció telégrafos entre Galatz, Toultscha, Ismail y Soulina, disposiciones que fueron objeto de dos convenciones negociadas y firma-

das con la Puerta y con el gabinete de los Principados Unidos por M. Engelhardt, comisario francés, delegado por la comision europea.

Debemos apresurarnos á decir que las dificultades administrativas no habian entorpecido los preparativos de la obra material. Desde su instalacion (1856) la comision europea habia hecho ejecutar en diferentes puntos trabajos importantes. Segun un excelente informe de M. C.-A. Hartley del mes de octubre de 1857, se habian practicado ya obras de perforacion y de limpieza en el verano de 1856 en la boca de Soulina. Tambien probaron el arpeo, pesado aparato de hierro que los

turcos hacian arrastrar anteriormente sobre el fondo de la barra por todos los buques que salian de Soulina, con el fin de agitar las arenas y el fango para que los llevara la corriente. En breve se convencieron de la ineficacia de todos estos medios. Treinta y siete dias de trabajo en tres meses, á razon de 100 toneladas de arena por hora sacadas por la pala, no hicieron ganar mas de ocho ó nueve pulgadas inglesas sobre un espacio de 120 piés. Un resultado tan mezquino hizo que se abandonaran estos ensayos.

Entonces por segunda vez se trató de dar la preferencia á la boca de San Jorge ó á la de Kilia, y de nuevo comenzaron las discusiones. Una especie de acuerdo tácito excluía la boca de Kilia, y únicamente el comisario de Rusia demostraba su predileccion por este brazo. Fácil es comprender la actitud de la comision europea, al recordar las incasantes usurpaciones de la Rusia sobre el Danubio desde 1812, y su insistencia en el congreso de Paris para conservarse comunicaciones con el rio por el lago Jalpouk. Toda la atencion se fijó pues en el brazo de San Jorge que fué explorado cuidadosamente. En la imposibilidad de obtener un acuerdo en Galatz, los trabajos de exámen ordenados por los gabinetes respectivos fueron centralizados y remitidos á una comision técnica reunida en Paris, en la cual el Austria, la Rusia y la Puerta no juzgaron oportuno estar representadas. Las conclusiones de la comision técnica fueron como debian esperarse de hombres distinguidos por su saber, pero que tenian una idea muy inexacta de las localidades; su proyecto era inaplicable. La cuestion pasó de nuevo á informarse á la comision europea de Galatz que se pronunció unánimemente por el brazo de San Jorge. Sin embargo, la minoría de la comision que no habia abandonado sus preferencias por Soulina sino á consecuencia de instrucciones conformes de los gabinetes respectivos, ganó definitivamente, cambio que fué producido por la construccion del ferro-carril de Kustendje á Tchernavoda. Todos se preguntaban si esta nueva via que tiene por efecto economizar un trayecto de unos 260 kilómetros y muchos obstáculos y peligros á las mercancías que bajan del Danubio hasta Tchernavoda, no modificaria sensiblemente el comercio del rio; si no seria preferible adoptar un proyecto de mejora de la navegacion mas pronto y menos costoso, que pudiese al comercio marítimo en estado de sostener la competencia con la via férrea, y finalmente, si no seria muy deplorable, en consideracion al incremento constante que tomaba la exportacion de los Principados Unidos, que el comercio tuviese que renunciar durante largos años aun á las ventajas naturales que le asegura siempre una via de agua, y se viese precisado á efectuar la mayor parte de sus trasportes por medio de una compañía privada.

Esto equivalia á poner en tela de juicio la oportunidad y los medios, tiempo y dinero, de mejorar la navegacion de la boca de San Jorge. Por la iniciativa del gobierno francés, los gabinetes admitieron que se renunciaria por el momento al San Jorge, y que se continuaria y se completaria la obra emprendida en Soulina. Esta solucion que siempre habia defendido el comisario francés, era la mas práctica y llenaba suficientemente los compromisos contraidos en el congreso de Paris. Con efecto, tratar de mejorar el cauce del San Jorge, habria sido condenar á la marina mercante á sufrir ocho ó diez años mas la peligrosa y onerosa navegacion de las bocas del Danubio; habria sido imponer á la Puerta, que habia tomado por su cuenta los gastos de las obras que se habian de ejecutar, cargas enormes que el estado de su erario no la permitia soportar. No se puede menos de felicitar á los siete gobiernos y á la comision europea por haber decidido que se ejecutarian en el Soulina trabajos provisionales que despues pudiesen trasformarse en obras permanentes.

Prevaleció pues el sistema de prolongar en Soulina las orillas del rio en el mar por medio de dos diques paralelos formados con una doble línea de estacas protegidas interiormente contra las excavaciones de la corriente del Danubio por montones de piedras.

El puerto de Toulcha fué elegido para centro de los establecimientos de la comision europea, y allí se crearon depósitos de materiales y talleres de toda especie. Se abrieron cuatro canteras que han suministrado 10,000 toesas cúbicas de piedra, y se recogieron maderas de la Moldavia, de la Save y de la Dobrudja, que una maquina de vapor cortaba en estacas y en maderos.

Mientras se preparaba el enorme material necesario para los diques, la comision europea se ocupó en mejorar el cauce interior del brazo de Soulina.

El comercio marítimo habia señalado como uno de los obstáculos mas serios para la navegacion, los bancos de arena de Argagny; estos bancos desaparecieron, y se ejecutaron obras para impedir que se formasen de nuevo. De 8 piés que antes tenia la profundidad del agua en los Argagnys, se elevó á 17 piés en un canal de 120 piés de largo. Hoy la navegacion se halla libre de un millon de francos que se gastaban anualmente en alijadores sobre ese punto. La circulacion se hallaba entorpecida tambien por una porcion de cascos de buques que habian hecho naufragio, y eran otros tantos escollos que causaban frecuentes siniestros; el rio quedó libre de estos obstáculos, y se pusieron señales para indicar los pasos peligrosos. Así desaparecieron los pretextos para aquellos actos de baratería tan frecuentes en el Danubio, y la comision puede inscribir en su reglamento de policia que «todo naufragio en el brazo de Soulina es calificado de sospechoso.» Estas útiles medidas se completaron con la reparacion de los caminos de halar provistos de 213 postes de amarra y de 50 postes miliarios.

El 25 de abril de 1858 se comenzaron las obras de las escolleras que acaban de terminarse ahora. El segundo trazado que publicamos indica su direccion y su longitud; al Norte cuenta 4,631 piés ingleses, y al Sur 3,000. Daremos mas pormenores en un próximo artículo al tratar de la fiesta de inauguracion de estas soberbias obras.

P. P.

### La holganza.

Es cosa mas que probada  
Que no puede nunca haber  
Un mas dichoso placer  
Que el placer de no hacer nada.

Grata paz que se eslabona  
Con la tranquila virtud  
Es sin duda la quietud  
Que se goza en la poltrona.

Por mas que el mundo registro  
No encuentro cosa mas bella;  
Ved cómo van en pos de ella  
Aspirantes á ministro.

Ved cómo el hombre se afana  
Tan solo por conseguir  
El dichoso porvenir  
De no trabajar mañana.

Ved, en fin, si causa horror  
El ser pobre y trabajar,  
Y si el oficio de holgar  
No es un oficio mejor.

Sin hacer nada en su vida  
Mas que proyectos sutiles,  
Van parásitos á miles  
Por ancha senda florida.

Nunca encuentran un obstáculo,  
Nunca el pesar les abruma,  
Y suben como la espuma  
Hasta el mas alto pináculo.

Con desvergüenza notoria  
Su fácil senda prosiguen;  
No trabajan y consiguen  
Honores, poder y gloria.

Y se ve que con crueles  
Intenciones, un jumento  
Saca de ajeno talento  
Gran cosecha de laureles.

Se ve... mas ya me da horror  
El ser pobre y trabajar,  
Y quiero... si, quiero holgar,  
Que es un oficio mejor.

Gozan unos á destajo,  
Suben siempre, nunca bajan,  
Y dicen que no trabajan  
Porque es muy malo el trabajo.

Y en verdad que es un deleite  
Ver á tanta genticilla  
Que al ver que es ancha Castilla  
Cunde cual cunde el aceite.

Yo vi fortunas medrar,  
Y á holgazanes y fulleros  
En opulentos banqueros  
Trocar, crecer, triunfar.

Ví que la suerte enemiga  
Fué del honrado y constante,  
Mientras mas un intrigante  
Halló un filon en su intriga.

Ví con sorpresa y dolor  
Condenado á trabajar  
Al bueno, y ví que el holgar  
Es un oficio mejor.

Despues de gozar, dormir;  
Despues de dormir, gozar;  
Trasnochar, no madrugar...  
¡Qué delicioso existir!

Hombres de ciencia y valia  
Que medicina estudiaron,  
A menudo condenaron  
La santa poltronería.

Y hay médico que sostiene  
La manía singular  
De que siempre el trabajar  
Fué bueno para la higiene.

Sigan otros el consejo,  
Sufran cazando un mal rato,  
Y yo cazaré en el plato  
El ánade ó el conejo.

Miren otros con horror  
Los elementos luchar;  
Yo en casa sin trabajar  
Llevo una vida mejor.

Pase la noche estudiando  
El sabio porque le alaben,  
Hombres hay que nada saben  
Y el mundo los va alabando.  
El verdadero saber  
Es convertirse en langosta;  
Ser muy rico á poca costa  
Y á dos carrillos comer.  
Ser dúctil como una pasta,  
No tener vergüenza alguna,  
Y pensar que sin fortuna  
Muy poco el saber nos basta.  
Mentir mucho y embrollar,  
Dejar que rueda la bola,  
Y tenderse á la bartola  
Cuando se empiece á medrar.  
Y pues ya me causa horror  
Tanto charlar y escribir,  
Voy al punto á concluir;  
Callemos, que es lo mejor.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

### Estatuas

DEL DUQUE DE LA ROCHEFOUCAULD EN LIANCOURT,  
Y DEL SEÑOR DE JOINVILLE EN JOINVILLE.

El 6 de octubre último ha tenido lugar en Liancourt (Oise) la inauguracion de una estatua elevada al duque de la Rochefoucauld.

Era una deuda de gratitud que Liancourt, residencia predilecta del duque, le pagaba, en cambio de los inmensos y duraderos servicios que el duque habia hecho á esa poblacion.

La iniciativa de esta feliz idea es debida á M. L. Poilleux, que M. de la Rochefoucauld habia asociado á sus empresas manufactureras, y que legó al hospicio de Liancourt una suma de 40,000 francos, bajo la condicion de elevar un monumento á la memoria del ilustre filántropo.

Sabido es que la Francia le debe casi todas las mejoras introducidas desde hace cincuenta años en el régimen de los hospicios y de las cárceles. La creacion del Conservatorio de artes y oficios, la de las escuelas de Chalons, el método de la enseñanza mutua aplicado á la instruccion elemental, la institucion de las cajas de ahorros y la introduccion de la vacuna, todo esto debe atribuirse á su propia iniciativa ó á su perseverante influencia.

La estatua del duque es de bronce y tiene de altura 2 metros 60 cent. La escuela de artes y oficios de Angers se encargó gratuitamente de vaciarla. El duque está representado en pié revestido con el traje de par de Francia. Su mano derecha descansa en un yunque, emblema del trabajo; su mano izquierda, elevada hácia el corazon, tiene un rollo de papeles donde están inscritos los títulos que recomiendan á M. de la Rochefoucauld á la gratitud pública.

En su conjunto la estatua se presenta bien; la postura es sencilla y natural. El semblante, muy parecido, respira un aire bondadoso. Todos los rasgos están modelados con vigor. De cara y de perfil la estatua tiene un hermoso aspecto. En una palabra, es una obra que honra sobremanera á su autor M. Maindron.

En junio del año actual la ciudad de Joinville ha querido tambien pagar una deuda de gratitud á su mas ilustre compatriota, al señor de Joinville, cuyo nombre se ha conservado de generacion en generacion. Una muchedumbre inmensa habia acudido á esta solemnidad. La estatua, obra de M. Lescorné, tiene ocho piés de altura (Joinville tenia seis). De pié y con la mano izquierda apoyada en su escudo, Joinville muestra un manuscrito que es el de sus Memorias. El semblante de Joinville rebosa nobleza y serenidad.

Tres bajo-relieves forman la decoracion del monumento. En el primero Joinville está representado á los veinte y cuatro años saliendo para la Tierra Santa; en el segundo combate en Egipto en la reñida batalla de Massour, donde él solo se sostuvo contra los sarracenos; y en el último está asistiendo á san Luis en el acto de hacer justicia á su pueblo bajo la encina del bosque de Vincennes. La obra entera dice mucho en favor del talento del artista.

### Un casamiento en la China.

El señor don Sinibaldo de Mas, ex-ministro plenipotenciario de España en la China, acaba de publicar en francés una obra interesantísima titulada: *la China y las potencias cristianas*, de la cual vamos á traducir las siguientes líneas que explican el adjunto grabado, tomado igualmente de la misma obra.

«El dia prefijado para la celebracion de la boda, el novio ricamente vestido se dirige á casa de la novia y se prosterna ante el padre y la madre, los tíos y los próximos parientes de su futura. Las últimas despedidas de esta á sus parientes son otras tantas prosternaciones en el momento en que se dispone á salir del hogar paterno. Algunos misioneros aseguran que entonces tiene lugar la primera entrevista del esposo y de la esposa, pero otros dicen que no se efectúa sino cuando esta llega á la casa de su marido; quizá varia esta circuns-



ESTATUA DEL DUQUE DE LA ROCHEFOUCAULD en Liancourt.

tancia segun el estado de las personas y el diferente ceremonial de los casamientos.

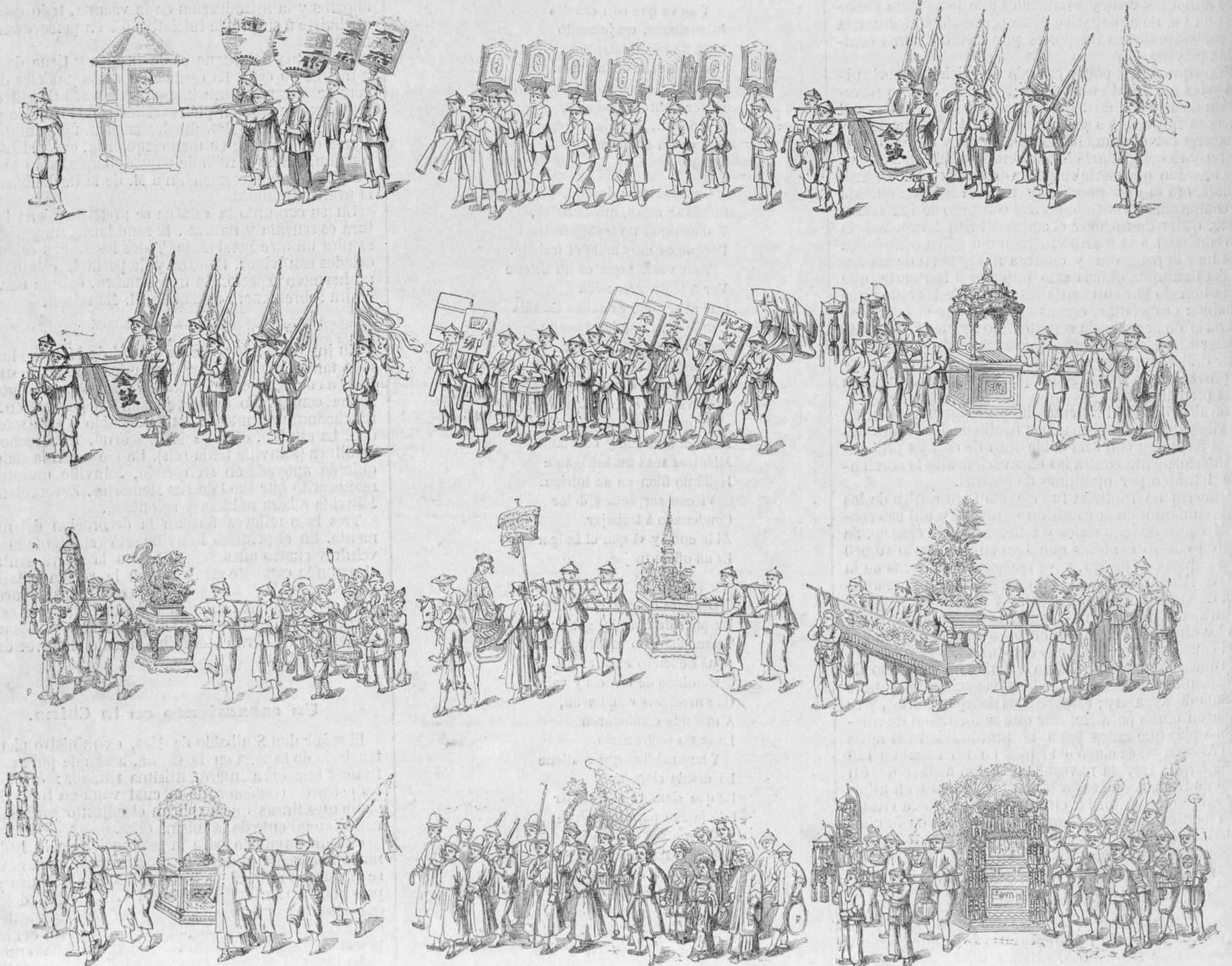
Una vez terminados estos preliminares, colocan á la novia en una silla ó en un palanquin cerrado. Todo lo que la pertenece y los diversos efectos que componen sus vistas la acompañan llevados por diferentes personas de entrambos sexos; otras la rodean con antorchas y linternas, aunque sean las doce del dia, uso que se ha conservado, porque antiguamente todas las bodas tenían lugar de noche. Una banda de música la precede y su familia la sigue. Un criado de confianza lleva la llave que la encierra en la silla, llave que no debe entregar sino al marido. Este despues de haberla acompañado un rato á caballo ó en un palanquin, toma la lantera y corre á esperar á su puerta la llegada del cortejo. Entonces le entregan la llave, él se apresura á abrir la silla, y á la primera ojeada juzga si ha tenido buena ó mala suerte. Suele suceder que el esposo descontento, cierra con presteza la silla y envia la novia á su casa; para esto basta que consienta en perder la suma que ha dado por obtenerla.

Si la esposa es aceptada, baja de su silla y entra con el esposo, seguidos ambos por sus parientes, en una sala donde la pareja recién unida saluda cuatro veces al thien (cielo) y en seguida á los parientes del esposo. Inmediatamente despues, los recién casados pasan al sitio donde han dispuesto para ellos solos la comida nupcial. Antes de sentarse la esposa hace cuatro genuflexiones delante de su marido, y luego este hace dos delante de su mujer; en seguida se sientan á la mesa, pero antes de comer derraman un poco de vino á guisa de libacion, y separan algunos manjares en ofrecimiento á los espíritus. Cuando han comido un poco guardando completo silencio, el esposo se levanta, convida á la esposa á beber, y vuelve al punto á sentarse; la esposa repite la misma ceremonia. Entonces sacan dos copas de vino, beben una parte de él, mezclan lo que queda en una sola copa, se lo reparten despues y lo apuran.

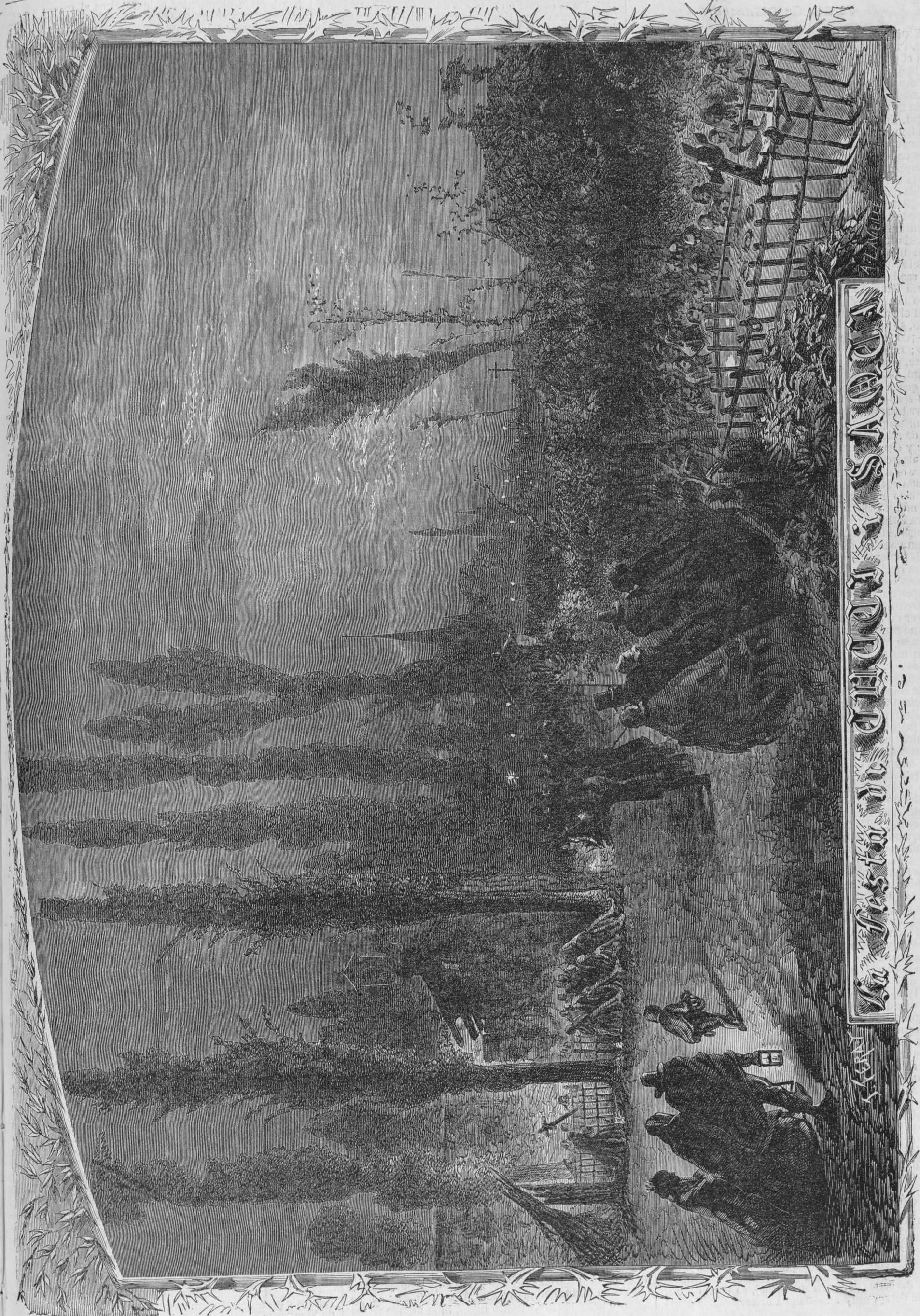
Entre tanto el padre del esposo en un aposento contiguo da una gran comida á sus parientes y á las personas convidadas, mientras la madre da otra á sus parientas y á las mujeres de los amigos de su marido. Esta costumbre se observa en todos los festines chinos; las mujeres se divierten entre sí, y los hombres se reunen separadamente. »



ESTATUA DEL SEÑOR DE JOINVILLE en Joinville.



PROCESION DE UN CASAMIENTO CHINO. — Dibujo copiado de la obra del Sr. D. S. de Mas : *La China y las potencias cristianas.*



La Fiesta de San Juan

EL DIA DE LOS DIFUNTOS EN ITALIA.

## El Día de Difuntos.

Tenia yo quince años y acababa de perder á mi madre. Pusieronme en los hombros la eapa negra, y como era el primero por el dolor, aunque por los años era el último, yo guiaba el duelo y cruzábamos las calles de la capital por en medio de la multitud de los transeuntes.

En la adolescencia presidía esta pompa de la humanidad. Una majestad desconocida se revelaba á mí infundiendome respeto. Lenta y silenciosa la comitiva proseguía su marcha. Habriase dicho que un soplo celeste bajaba sobre nosotros semejante á la brisa que riza la superficie de los lagos, y que hace se dobleguen á la vez la tierna espiga sobre su tallo y el ramaje de la soberbia encina. Todos se inclinaban: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, los mas indiferentes, los mas preocupados, los que mas prisa llevaban, todos se detenían un instante pensativos. Cada hombre descubría su frente, cada mujer se santiguaba.

En mí la inexperiencia aumentaba la sensibilidad. Aquel simple deber cumplido por todos, aquel homenaje que rendían, me enternecían profundamente, y gustoso habria devuelto aquellos saludos anónimos y vagos, como la muchedumbre, y que sin embargo agradecía en el alma. A cada una de aquellas personas la habria dicho, si hubiese tenido atrevimiento para hacerlo:

— ¡Con que la habeis conocido!

No; ninguno de aquellos transeuntes conocia á mi madre, pero todos conocían á la muerte, nuestra madre comun, pues el ojo miope de nuestros egoísmos no ve mas que la muerte que desata; en tanto que toda muerte en el seno de la inmortal naturaleza liga y engendra.

Mirad ese anciano que en la calle se aparta y saluda la fúnebre procesion; es de esta época. Los sesenta y un años de este siglo han encanecido su cabello; para él el amor y sus hechizos han pasado, huyendo con un sonido alegre en la voz y la frente cubierta de flores, y él con los ojos fijos en la direccion del surco contempla con emociion el sitio por donde ha desaparecido la barca.

Ha sido hombre político; ¡otras cenizas! ¡Cuántas cosas no ha visto!

Para él hasta la moral se ha oscurecido. Lo justo y lo injusto, el mal y el bien, el hilo negro y el hilo blanco, han venido á ser el hilo gris que flota en el crepúsculo del cuento árabe. ¡La religion! último enigma. Así, ese hombre no tiene ya fe: duda de todo; y sin embargo cree en la muerte y la saluda.

Es que nuestro corazon se parece á un círculo donde la extrema negacion nos vuelve á la creencia. ¿Cómo no creer en la muerte? ¡Término sombrío! el ojo de los vivos no conoce avenida que ella no termine. Toda perspectiva se compone de dos líneas que al fin se confunden en un punto, y este punto es ella. El que no la huye se encamina apaciblemente y llega á encontrarla; el que la huye se agita y se precipita hácia ella. La muerte reina sobre su trono; los unos la hacen la corte y la echan incienso; los otros, en el odio que les inspira, la denigran. Reina de verdad, puesto que la temen.

Los galos adoraban á la Muerte y la buscaban en los combates con un supremo orgullo. Dícese que sus sabios estaban convencidos de que el hombre entero no perece, y que la virtud es el muérdago siempre verde.

Los paganos de la antigüedad la temían, se ocultaban de ella y la velaban.

La Muerte en la edad media vuelve á recobrar su imperio. El cristianismo la ha divinizado. Reina á la vez de los cielos, del infierno y de las calles, no se viste con la toga, sino que lleva un traje romántico. Es la que todo el mundo conoce y reconoce.

Los germanos, así como los galos, devolvían los muertos á la tierra, y los sepultaban en los campos á la orilla de los caminos: la antigüedad los quemaba.

Un poco de ceniza en una urna elegante, hé ahí lo que los antiguos conservaban de los seres queridos. La realidad, mas fiel, habria mancillado á sus ojos la piedad del recuerdo. En su noble casa el descendiente de los Lépidos y de los Escipiones tenia su cuarto de los antepasados, donde unas caretas de cera visibles en todo tiempo detrás del vidrio, le mostraban con el prestigio del arte y de la vida la serie de sus abuelos. En las fiestas larvales ó en algun aniversario histórico ponían á cada una de estas caras de cera una peluca, y segun la categoría, la bandeleta pontifical ó el laurel militar. Los comparsas ó los descendientes se aplicaban estas caretas, y revestidos con el traje correspondiente, completaban la representacion. Luego el cortejo que se formaba en el atrio del patricio se dirigía hácia el Foro.

La Muerte en la edad media se enseñoreaba por todas partes. Así como la cruz, instrumento del último suplicio para los ladrones, habia venido á ser adorno y joya, así tambien la calavera, delicadamente cincelada en el marfil, la plata ó el oro esmaltado, terminaba el rico rosario de joyería que la jóven señorita llevaba pendiente de la cintura. La Muerte se esculpía en el pórtico y se pintaba en las vidrieras de las iglesias. Montada en el gran caballo blanco del Apocalipsis con los muslos desnudos y secos como los de las momias, lanzada al galope, con su escaso pelo movido por el viento, se reía con sus mandíbulas sin dientes llevando un ataúd bajo su brazo.

La Muerte no estaba desterrada ni rechazada de las ciudades; habria sido un divorcio. El cementerio y la casa cohabitaban á la sombra de la parroquia. En el momento en que Luis, duque de Orleans, fué asesinado cerca de Barbette (por Juan sin Miedo), su primo Juan, duque de Berry, muy aficionado á artes, joyas y edifi-

cios, mandó hacer en el osario de los Inocentes de Paris una hermosa obra. Era la leyenda de los *Tres Muertos y los tres Vivos*, en escultura. Tres nobles jóvenes y alegres parten á caballo con el halcon para cazar á vuelo, y encuentran tres muertos repugnantes que se colocan á su frente. Viene un ermitaño, y en un docto sermón explica á los tres primeros la nada de la existencia.

Pero el gran cuadro popular de la Muerte en la edad media se llamaba la *Danza macabra*. Hans Holbern, con la gracia preciosa y contenida de su pincel, la pintó á su modo en Basilea. El cementerio de los Inocentes de Paris poseía otra mas antigua, anónima y no menos célebre. Era una danza en efecto, una danza loca en la que salían á bailar siempre y alternando un caballero y una señora. La señora guiaba el baile, y todos tomaban parte en él, grandes y pequeños.

Esa señora era la Muerte. La gerarquía y el orden se observaban escrupulosamente. El papa primero, luego el emperador, los reyes, los prelados, patriarcas, cardenales, priores, frailes; luego el alcalde, el gendarme, el médico, el juez, el abogado, el procurador y el comerciante; despues el humilde labrador. La banda de los vivos, en todo el mundo, desfilara incandescentemente ante este panorama, ante este espejo. La malicia del cuadro pintado consolaba á los actores de la escena animada. Era como un bosquejo humano y anticipado del Juicio final; era la justicia mezclada de ironía.

La Iglesia, con la majestad de la religion, consagró esta enseñanza. Al otro dia de las danzas y de las locuras del carnaval convocó en su recinto á los fieles. Cada uno de ellos, chicos y grandes, recibió en cruz sobre la frente la unción de la ceniza y le dijo: *Acuérdate de que eres polvo y que en polvo te convertirás*.

¡El polvo! Emblema sencillo y profundo; el mas terrible, el mas poético y el mas vulgar. Resto de todo, impalpable, que nos persigue invisible, y que olvidamos á menos que de repente sus átomos aparezcan á nuestros ojos danzando irónicamente en un rayo de sol.

La Iglesia cristiana, al consagrar á su vez la fiesta de los Difuntos, la marcó con su austera poesía. A veces el otoño tiene sus *veranillos de san Martín*, y como ciertas mujeres, el año roba entonces algunos retoños de belleza. En octubre el sol se pone aun espléndidamente. Su disco de oro deslumbra en su púrpura resplandeciente; pero muy luego sus fuegos se apagan en el horizonte, la púrpura se desvanece y muere. Sigue noviembre con su nombre sombrío. No estamos en invierno aun, pero nos acercamos; la luz es triste y dura poco; cubiertas de niebla caen las últimas hojas. Todo en la naturaleza acaba y murmura: — Adios. El hombre siente frio en la frente, es el frio de la melancolía; se vuelve, medita y recuerda. Al principio de noviembre la Iglesia ha colocado la fiesta de Todos Santos, y al otro dia de Todos Santos la fiesta de todos los Difuntos.

¿Quién de nosotros no tiene el suyo? ó mejor dicho, ¿quién no tiene los suyos? ¿Quién de nosotros ha llegado á la edad adulta y forma hoy el tronco de su familia sin haber visto deshojarse, sin haber visto desprenderse, como de sus flancos, algunos tallos ó algunas ramas? Al Norte, al Sur, al Oeste y al Este de la capital se extienden campos de reposo. ¿Quién de nosotros en su corazon no oye partir de ahí una voz ó unas voces amigas que suavemente le recuerdan sus nombres y le reclaman una visita piadosa?

Así la religion de la muerte es la que menos nos divide; fraternicemos pues en ese símbolo. ¡Es tan raro y tan bueno hallar en el alma un grito, un sentimiento que vibra al mismo tiempo en todas las almas humanas! Pongámonos la negra vestidura. Por algunas horas al menos demos tregua á nuestros odios, á nuestros cuidados y á nuestras disensiones, á todo lo que nos divide ó nos agita. Todos juntos y cada cual por sí vayamos al lugar de la última cita á pagar un tributo afectuoso á aquellos de quienes ya solo quedan las almas. Los muertos son hermosos: somos mas justos con ellos ahora que han desaparecido; los queremos con un afecto á la vez mas elevado y entendido. Vamos, y cuando estemos de vuelta con el corazon descargado del peso de una deuda pagada, proseguiremos mas tranquilos nuestra vida ordinaria.

V. V.

## El Noble en la miseria

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

En breve se pintaron en su rostro violentas contracciones nerviosas; el rubor de la vergüenza y la palidez de la opresion se sucedían en sus mejillas; por fin, como si cediera á un arrebato de cólera, cortó con rabia la seda, la arrojó sobre la mesa, se levantó vivamente, y extendiendo la mano hácia los retratos exclamó con una voz difícilmente contenida:

— Miradme... miradme, vosotros cuya noble sangre corre por mis venas. Tú, valiente capitán, que al lado de Eginont diste tu vida en San Quintín; tú, hombre de Estado, que despues de la batalla de Pavía hiciste como embajador tan eminentes servicios al gran emperador Carlos; tú, bienhechor de la humanidad, que has dotado tantas iglesias y hospicios; tú, prelado, que como sacerdote y como sabio has defendido tan valerosamente tu fe y tu Dios... miradme, no solamente desde ese lienzo inanimado, sino del seno del Todopoderoso. El que veis ocupado en coser sus botas y que consagra sus veladas á disimular las señales de su miseria, ese es vuestro descendiente, vuestro hijo... Si la mirada de los

hombres le atormenta, ante vosotros al menos no se avergüenza del estado en que se halla. ¡Oh mis antepasados! vosotros habeis combatido con la espada y la palabra á los enemigos de la patria; yo luché contra las burlas y la vergüenza inmerecida, sin esperanza de triunfo ni de gloria; yo sufrí dolores indecibles, siento que mi alma se abruma bajo su peso, y el mundo no me reserva mas que desprecios y censuras. Y sin embargo, yo no he manchado vuestro escudo; lo que he hecho ha sido grande y virtuoso á los ojos de Dios. Las fuentes de mi desgracia son la generosidad, la piedad y el amor... Sí, sí, fijad en mí vuestros ojos chispeantes, contempladme en el abismo de miseria en que he caído... Desde el fondo de mi humillacion alzaré osadamente la frente hácia vosotros, y vuestra mirada no hará bajar la mia. Aquí en vuestra presencia estoy solo con mi alma, solo con mi conciencia; aquí ninguna vergüenza puede alcanzar al que como noble y como cristiano, como hermano y como padre, sufre el martirio porque ha sabido cumplir con su deber.

Presa de una exaltacion indecible, el señor de Vlierbecke se paseaba á grandes pasos por el aposento y tendía las manos hácia las imágenes de sus abuelos como para invocarlas. Su actitud rebosaba majestad; con la frente erguida pareció mandar soberanamente; sus negros ojos chispeaban en la sombra, su hermoso semblante respiraba dignidad, todo en él, palabras, ademanes, fisonomía, todo era singularmente noble é imponente.

De súbito se detuvo, se llevó la mano á la frente y reposo con amarga sonrisa:

— ¡Pobre loco! tu alma quiere libertarse de la humillacion y sueña...

Y cruzando las manos y levantando los ojos al cielo, añadió:

— Sí, es una ilusion, y sin embargo, gracias os sean dadas, ¡oh Dios misericordioso! porque habeis brotar en mi corazon raudales de valor y de paciencia... ¡Basta! la realidad aparece otra vez á mis ojos, y gesticula como un espectro en el fondo de las tinieblas. Y sin embargo, soy fuerte y me burlo del siniestro fantasma de la ruina y de la miseria...

Se calló, y una expresion de profundo desaliento, triste mentis á sus últimas palabras, no tardó en pintarse en sus facciones; inclinando la cabeza dijo con un suspiro de angustia:

— Y mañana... mañana la mirada desconfiada de los hombres se fijará en tí... temblarás ante los que quierán adivinar el enigma de tus acciones... beberás hasta las heces el cáliz de la vergüenza. ¡Ah! aprende bien tu papel, prepara tu máscara, continúa representando la comedia... y acuérdate de la nobleza de tu raza para sangrar sobre el banco de tortura por todas las fibras de tu corazon, y morir cien veces en una hora. Tu trabajo nocturno está concluido: anda á buscar el reposo, anda á pedir al sueño el recuerdo de lo que eres y de lo que te amenaza. ¡El reposo!... ¡el sueño!... ¡Amarga burla! Ahí te espera el eterno espectáculo de la suprema humillacion; ahí podrás ver por tí mismo cómo venden la herencia de tus abuelos, cómo saludan tu caída con una sonrisa insultante, cómo abandonas con tu hija el país natal para buscar en una comarca lejana el pan de la miseria... ¡Dormir! Esta palabra me hace temblar... ¡El billete! ¡el billete!

Repitió varias veces esta palabra con un terror creciente, mientras quitaba maquinalmente de la mesa todos los objetos que en ella se hallaban, y en breve con la lámpara en la mano desapareció por detrás de la puerta que conducía á su alcoba.

## III.

Al otro dia en cuanto los primeros albores de la mañana vinieron á aclarar el horizonte, cada cual puso manos á la obra en el Grinselhof. La labradora y su criada limpiaban las escaleras y el corredor; el labrador barria la cuadra, y su hijo arrancaba las yerbas que habian crecido en medio de las calles del jardín.

Muy temprano Leonor quitaba el polvo á los muebles del comedor y disponía con arte los menudos objetos que guarnecían el armario y la chimenea.

Era aquella una vida y un movimiento como no se habian visto en el Grinselhof hacia diez años. Los mozos de la casa de labranza trabajaban con la mejor voluntad, y tenían todos una expresion de triunfo pintada en su semblante, como si les hubiese complacido sobremanera el combatir aquella soledad mortal que durante tanto tiempo habia reinado soberanamente en aquellos lugares.

El señor de Vlierbecke, aunque en su interior estaba mas conmovido que los demás, se paseaba por una y otra parte con serenidad aparente, dirigiendo á todos palabras afables, y como ocultando que le preocupaba mucho lo que iba á suceder. Sonriendo lisonjeaba el amor propio de aquellas gentes sencillas, y les daba á entender bajo el velo de una chanza benévola que seria para ellos una honra si los huéspedes quedaban satisfechos de la recepcion.

Jamás el labrador y su mujer habian visto al señor de Vlierbecke tan bondadoso y tan contento; y como le querían con sinceridad, se hallaban tambien no menos alegres. No adivinaban que el pobre noble, no pudiendo recompensar su celo con dinero, trataba de pagarles su trabajo en testimonios de afecto y amistad.

Cuando ya se hubieron hecho los principales preparativos y el sol se encontró mas alto en el cielo, el señor de Vlierbecke llamó á su hija y la dió instrucciones pa-

ra la comida. El papel de la joven se limitaba á vigilar y á indicar á la labradora cómo debía poner los platos que la eran desconocidos.

Se encendieron los antiguos hornos, la leña comenzó á chispear en la chimenea, y el humo salía por la techumbre en caprichosos torbellinos.

Abrieron el cesto y sacaron de él pollos rellenos, pasteles y otros manjares escogidos. Trajeron canastillos de guisantes, habas y verduras de toda clase que las mujeres se pusieron á mondar y á limpiar á porfía.

Leonor tomó parte también en este trabajo y entabló alegremente la conversacion con la labradora y su criada. Esta última, que rara vez habia visto á la joven de cerca, contemplaba sus facciones finas y delicadas, su aire esbello, sus ojos animados, con una especie de admiracion y de respeto infinito. Estos sentimientos se pintaron mas profundamente en el rostro de la criada cuando se escaparon de la boca de Leonor, que estaba muy pensativa, algunas notas de una cancion popular.

La criada dejó su asiento, se acercó tímidamente á su ama y la dijo en tono de súplica al oído, aunque bastante alto para que la entendiera Leonor:

— ¡Ay! pedid á la señorita que cante una ó dos coplas de esa cancion. La he oido anteayer, y me ha gustado de tal modo que he pasado un cuarto de hora llorando detrás de los avellanos como una tonta.

— Sí, sí, dijo la labradora con voz suplicante, si no os cansa demasiado, señorita, nos daría muchísimo gusto oír esa cancion. Teneis una voz de ruiseñor, y me acuerdo que mi madre, que en paz descanse, me dormía siempre con ese cantar.

— ¡Es tan largo! repuso Leonor sonriendo.

— Aunque no sea mas que algunas coplas: hoy es un día de alegría.

— Ya que lo quereis, dijo Leonor, no puedo negarme. Escuchad:

«A la orilla de un torrente estaba sentada una joven que lloraba y gemía sobre la yerba bañada con sus lágrimas; y mientras arrojaba al torrente las florecillas que habia á sus pies, decía:

» — ¡Ay! padre mio querido, ¡ay! mi amado hermano, volved conmigo.

» Un hombre rico que se paseaba junto al arroyo, observa su amargo dolor, y compadecido de la joven, la dice:

» — Habla, jovencita, sin temor; dime porqué te lamentas y te quejas, y si puedo, te ayudaré.

» La joven suspira, le mira con aire desolado y responde:

» — ¡Ay! Señor, estais viendo á una pobre huérfana que solo Dios puede socorrer. ¿No veis aquel montoncillo verde? Es la tumba de mi madre. ¿Veis el ribazo de este torrente? De ahí cayó mi padre, y el agua impetuosa le arrastró: mi hermano se lanzó detrás de él, y se ahogó igualmente mi pobre hermano... Yo he huído de la choza desierta donde reina en el día la desolacion.

» Así su corazón impregnado de tristeza exhala sus ayes.

» El señor la dice:

» — No te quejes mas, hija mia; tu corazón no está hecho para la pena; yo quiero ser tu hermano, tu amigo y tu padre.

» Y la tomó suavemente la mano, la llamó su futura esposa y la hizo dejar sus vestidos miserables.

» Ahora se da una vida de reina y posee todo cuanto desea su corazón. El hombre rico merece muchas gracias por haberse conducido tan noblemente.»

Al principio de la última estrofa el señor de Vlierbecke habia asomado á la puerta de la cocina; la labradora se levantó respetuosamente y pareció temer que se mostrase descontento de lo que pasaba; pero él hizo señal á su hija de que no se interrumpiera, y cuando estuvo concluida la cancion, dijo á la labradora con una voz muy afable:

— ¡Ah! ¿con que aquí nos divertimos? Me alegro mucho; os necesito por algunos instantes allá arriba.

Seguido de la labradora volvió á subir la escalera que conducía al comedor, donde ya la mesa estaba pronta para recibir los platos.

El mozo de labranza se habia endosado ya la librea y tenia la servilleta bajo el brazo. Despues que el noble hizo comprender á la labradora y á su hijo que todo lo que iban á hacer tendía á ponerles en estado de servir á la mesa debidamente, principió con ellos una verdadera comedia, é hizo ensayar á cada uno su papel repetidas veces.

Por fin se acercó la hora. Todo estaba preparado en la cocina, y cada cual se hallaba en su puesto.

Leonor se habia vestido y esperaba con el corazón palpitante detrás del cortinaje de un cuarto contiguo; su padre, sentado bajo el fresno, tenia un libro en la mano y parecia estar leyendo, disimulando así á los ojos de todos la emocion que embargaba su ánimo.

Serian las dos cuando un magnífico carruaje tirado por soberbios caballos ingleses entró en el recinto del Grinselhof, y vino á detenerse delante de la escalera de piedra de la casa.

El noble recibió á los convidados con la cordial dignidad que le era propia, y dirigió algunas palabras afectuosas al joven en tanto que el negociante ordenaba á su criado que volviese á buscarle á las cinco, pues tenia que estar en Amberes aquella noche por negocios urgentes.

M. Denecker era un hombre grueso y rechoncho, vestido con lujo, pero cuyo traje manifestaba en su descuido la intencion de darse un aire franco é independiente.

Su fisonomía era bastante vulgar: al lado de cierta

astucia denotaba una bondad de corazón quizá demasiado neutralizada por la indiferencia.

Su sobrino Gustavo tenia un exterior mas distinguido; reunía á una hermosa presencia y á un rostro varonil las ventajas de una educacion esmerada, y en él la delicadeza de los modales y del lenguaje tenia mucho de noble. Su rubio cabello y sus ojos de un azul oscuro daban á sus facciones una expresion poética, en tanto que su mirada llena de energía y las arrugas significativas que surcaban su frente, hacían presumir que era hombre de corazón y de entendimiento.

El señor de Vlierbecke introdujo á sus convidados con los cumplimientos de uso en el salón donde se hallaba su hija.

El negociante saludó á esta con una sonrisa benévola, y exclamó con sincera admiracion:

— ¡Tan hermosa, tan seductora, y permanecer oculta en este lúgubre Grinselhof! ¡Ah! Señor de Vlierbecke, eso no está bien.

Entre tanto Gustavo se acercaba á la joven y murmuraba palabras ininteligibles.

Ambos se sonrojaron, bajaron los ojos y se quedaron cortados, hasta que Gustavo, dominando esta emocion, dirigió mas distintamente la palabra á la joven.

El negociante hizo observar al señor de Vlierbecke la extraña turbacion de los jóvenes, y murmuró á su oído:

— ¿No veis lo que pasa? Pues yo bien claro lo veo. Mi sobrino pierde la cabeza con vuestra hija. No sé á qué punto ha llegado su afecto; pero si no os conviene que aumente la simpatía y venga á ser incurable quizá, tomad vuestras precauciones. Muy luego será tarde: mi sobrino, á pesar de su fisonomía tan serena, no es hombre que retroceda ante ningun obstáculo... Miradlos: ya han entrado de lleno en la conversacion, el miedo ha desaparecido.

El señor de Vlierbecke sintió penetrado su corazón con estas palabras del negociante que venían á confirmar su postrera esperanza; pero no dejó traslucir la mas mínima cosa, y respondió:

— Os chanceais, M. Denecker; no hay ningun peligro. Entrambos son jóvenes, y no es de extrañar que una inclinacion natural les lleve el uno hácia el otro, pero nada mas.

Y luego añadió en alta voz:

— ¡Vamos, á la mesa!

(Se continuará.)

## Revista de la moda.

SUMARIO. — La invasion de las telas inglesas. — Del gusto del día. — Salidas de baile al estilo oriental. — Telas de seda ilustradas. — Vestidos de otoño. — El carrick de cochero. — Un vestido americano. — Confecciones para el invierno. — Enumeracion de varios sombreros elegantes. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de otoño.

Paris, á la vuelta de mis viajes por las soberbias montañas del Isere, llenas de precipicios, de torrentes, de picos agudos, de bosques impenetrables, me ha parecido muy prosaico con su invasion de alpagas y de alfombras inglesas. No podía ser menos. Las señoras elegantes preferirán á las telas de la invasion, las ricas sederías francesas.

El gusto parisiense se hace cada día mas oriental. La mayor parte de las confecciones y los vestidos llevan bordados de trencilla. Las batas están adornadas con dibujos moriscos de una magnificencia extraordinaria, que representan bordados de acero y de perlas de oro, sobre fondo cachemira negro, gris y blanco.

Las « salidas de baile » están todas claveteadas de oro; es el género veneciano mas suntuoso. Sobre el cachemira blanco este adorno es de lo mas lindo que se ha inventado. También se bordan « salidas del Teatro Italiano » con palmas de doce colores. El albornoz árabe continúa á la moda.

En cuanto á las telas de seda, si ya no reproducen vestidos de volantes, no por eso son menos caprichosas y lujosas.

Hé aquí una lista de algunas de ellas:

— Un gro de China color Habana con puntos blancos dispuestos en cuadros separados por lazos de matiz brillante, azul de Prusia, grosella, amarillo ó verde esmeralda.

— Un gro de Turquia con cequíes negros representando grecas que corren sobre fondos de todos colores.

— Un gro del Japon con motivos de aluminio sobre fondo acero y una lluvia de florecillas multicolores que caen sobre efectos moriscos.

— Un moaré antiguo fondo blanco, para traje de soirée, enriquecido con bordados color hortensia ó rubí enlazados con cordoncillo de oro.

Por último, otro moaré antiguo fondo malva con draperías imitando el antiguo punto de Venecia, sobre las cuales parecen reflejarse ramilletes multicolores de matices persas.

Tales son las telas á la moda, que por cierto se hallan muy distantes de tener por divisa la sencillez.

Algunos vestidos merecen que se hable de ellos, pues han sido inventados por la famosa americana madama Gauguin.

El carrick de cochero sigue á la órden del día para la temporada de otoño en el campo. Se hace de terciopelo de todo color, pero tiene mas distincion y gracia cuando es de terciopelo negro con muchos cuellos guarnecidos de Chantilly y orlados de tafetan maiz.

Hablando de vestidos, señalaré uno lindísimo de tafetan claro adornado con un bordado del mismo color un poco mas oscuro, con cinturón-faja de igual tela bordado de la misma manera. El cuerpo lleva unas hombreras bordadas que se cruzan sobre el pecho y describen un adorno en lo alto de la manga, que es muy ancha por arriba y estrecha por abajo.

Son las mangas que se ven en los retratos de la reina Hortensia.

También indicaré otro de terciopelo verde, almenado por abajo sobre un pequeño volante rizado. Las almenas de terciopelo están rodeadas de una ruche y rematan en un lazo de terciopelo.

Nada mas aristocrático que este traje.

Los vestidos con florecillas jardinera y con palmas de cachemira, se adornan con una serie de volantitos menudos de tafetan de variados matices. El efecto no puede ser mas lindo.

Parece ser que madama Gauguin va á vestir á las parisienas de limeñas... pero dejó escapar un secreto. El nuevo vestido á que me refiero y que debe producir una gran sensacion en el mundo aristocrático, nos llega de un país donde las mujeres tienen ojos de gacela, un cuerpo elegante como los tallos del jazmin y piés diminutos calzados en zapatos de raso. Este hermoso país es el vuestro, y las lindas gacelas sois vosotras. Apuesto á que reconocereis este vestido cuando le describa, como un traje peruano.

Ahora pasemos á las confecciones.

Tenemos primeramente un Girondino (estilo del Directorio) de paño ó de terciopelo de lana guarnecido de raso y con botones de raso. El corte representa una levita medio ajustada con cuello y solapas móviles. Las mangas son de una anchura ordinaria con vueltas puntiagudas.

— Un Bayardo de tela noruega con reflejos de terciopelo y grandes mangas orientales; esta capa está adornada en toda su altura con solapas cruzadas, guarnecidas con un galon astrakan y raso.

— Un Rodrigo con un gran cuello de paño ó terciopelo, y aberturas para pasar los brazos.

— Una casaca Euridice de terciopelo negro con mangas griegas y adorno de pasamanería que dibuja el talle por detrás con una elegancia suprema. En el pecho cuatro placas de pasamanería, y una en cada manga.

— Una esclavina Romanoff de terciopelo con pliegues huecos que parten de una esclavina de guipure muy baja por el cuello y muy puntiaguda por detrás. Mangas bizantinas guarnecidas de guipure.

Para salida de teatro el género oriental es el que domina.

Citaré una de tela persa con rayas y bandas de oro alternadas, sobre las cuales hay palmas estampadas de cachemira. La mayor parte de los sombreros actuales llevan plumas. Hé aquí algunos modelos:

Una capota Emperatriz de terciopelo pensamiento con ramillete de tres plumas rizadas, pensamiento, blanco y negro. En el interior rosa de terciopelo violeta.

Un sombrero blanco real con tres plumas blancas que llegan al borde del ala. En el interior una coca de terciopelo verde y otra blanca.

Una capota de raso blanco fondo flojo con ala de blonda y dos plumas rizadas. Por dentro margaritas de terciopelo.

Un sombrero de terciopelo Habana con ala fruncida y dos plumas del mismo color. Rosas blancas por dentro y cintas blancas.

Un sombrero de crespon liso blanco con sesgos cruzados encima del ala. Estos sesgos de terciopelo capuchino de dos matices van rodeados de entredos de Chantilly. Al lado lleva un ramo de capuchinas también de dos colores.

El mes próximo hablaré de los tocados de flores y de soirée. Cada cosa á su tiempo.

Voy á terminar con la descripción del figurin de este número que representa trajes de otoño.

La joven madre que tiene de la mano una linda niña de cinco años lleva un vestido de moaré antiguo bordado sobre el delantero de la falda. Mangas con vueltas bordadas. Cuello de encaje. Mangas interiores fruncidas de tarlatana con puño de encaje. Sombrero de terciopelo negro adornado de plumas negras y de color de rosa. Bavolet de tafetan rosa rayado de terciopelo negro. Cintas rosa y guantes color de paja. Botitas de moaré antiguo respunteadas de blanco.

Niña de cinco años. — Vestido de cachemira gris Isabel bordado y rayado de terciopelo punzó. El cuerpo está adornado con una pequeña esclavina al sesgo ribeteada de terciopelo. Sombrero ruso de fieltro ó de terciopelo negro abarquillado con larga pluma punzó. Enaguas bordadas que sobresalen por el vestido un poco corto. Botitas negras respunteadas de blanco.

El otro traje es de tela aterciopelada azul de Prusia. El vestido va guarnecido por abajo con tres bandas de rica sou-tache sobrepuestas. El cuerpo abotonado está guarnecido con piacas de bordado. Mangas con vueltas bordadas. Cuello de muselina bordada con mangas interiores y solapas de bordado. Albornoz de cachemira persa, estilo árabe. Sombrero de terciopelo Habana con plumas y bandó de margaritas de terciopelo azul en el interior. Cintas de terciopelo Habana. Guantes de Suecia y botitas de color Habana con vivos de piel negra.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Noviembre.

Noviembre ha conservado el nombre que tenia en el año de Rómulo, aunque ya no sea el noveno sino el oncenno del año despues de la reforma del calendario por Numa. El emperador Conrado le hizo llamar algun tiempo *exaperatorius*, pero despues de la muerte de este indigno hijo de Marco Aurelio, noviembre recobró su nombre y le ha conservado.

En el siglo VII Bonifacio IV consagró el Panteon de Roma á la Santa Virgen y á todos los santos. Esta consagracion fué una preparacion para la fiesta que se celebra el 1º de noviembre. Bonifacio la estableció en Roma despues de la dedicacion de este templo. A principios del siglo IX, Gregorio ordenó que se extendiera por toda la cristiandad, y quedó fijada en el 1º de noviembre,



NOVEMBRE

Antes era el 12 de mayo cuando tenia lugar la fiesta de los santos.

La conmemoracion de los difuntos que se celebra el 2 de noviembre se efectuaba entre los romanos en febrero. Oigamos lo que dice Ovidio sobre este punto: «Tambien se honran los sepulcros. Apaciguemos los manes de nuestros padres y llevemos algunas ofrendas sobre las hogueras frias. Los manes se contentan con poco, y estiman la piedad sola tanto como los mas ricos presentes.

Basta que la teja sepulcral se cubra de coronas, y que se añada un poco de trigo y de sal, un pan mojado con vino puro y algunas violetas, todo esto en una vasija abandonada en medio de los caminos. Podeis ostentar mas pompa en vuestros homenajes, pero los manes se contentan con lo que llevo dicho.» En una época de largas y sangrientas guerras sucedió que los dias consagrados á los manes de los antepasados dejaron de celebrarse. La venganza fué pronta, y despues de este olvido sacrilego, se encendieron tantas hogueras en los arrabales, que la ciudad llegó á sentir el ardor del fuego. Dicese ¡increíble prodigio! que los manes salieron de sus tumbas é hicieron oír lamentables ayes en el silencio de la noche; dicese que la lúgubre tropa de fantasmas espantó con sus aullidos las calles de Roma y las campiñas del Latium. Por fin hicieron á las sombras y á las sepulturas las honras que reclamaban, y entonces los prodigios desaparecieron y cesaron los estragos de la muerte.

La conmemoracion de los difuntos llegó á ser general en la iglesia católica, desde que san Odilon, abad de Cluny, la estableció en su diócesis á fines del siglo X.

Siguiendo su costumbre mensual, nuestro entendido dibujante ha trazado una alegoría del mes de noviembre. El labrador prepara nuevas cosechas en el llano, y los ganados van á buscar su alimento por las orillas de los bosques. De un castillo contiguo salen perros y cazadores persiguiendo á un ciervo; pero en breve el sonido de la trompa se aleja y el ganado vuelve á pastar tranquilamente. Mas abajo unas viejas solteronas están poniendo la cofia á santa Catalina, con la esperanza y el deseo de no repetir mas esta tarea, encomendada exclusivamente á las que no encuentran esposo. Luego tenemos el *veranillo de san Martin*; dos ancianos se calientan á los últimos rayos del sol, y tratan de reanimar sus miembros que han venido á ser presa del reumatismo y la gota (*fructus belli*)... El centro de la viñeta está consagrado al Sagitario, signo del mes de noviembre. Por último, la yedra y el agbanzo orlan estas escenas con sus caprichosos ramajes.

